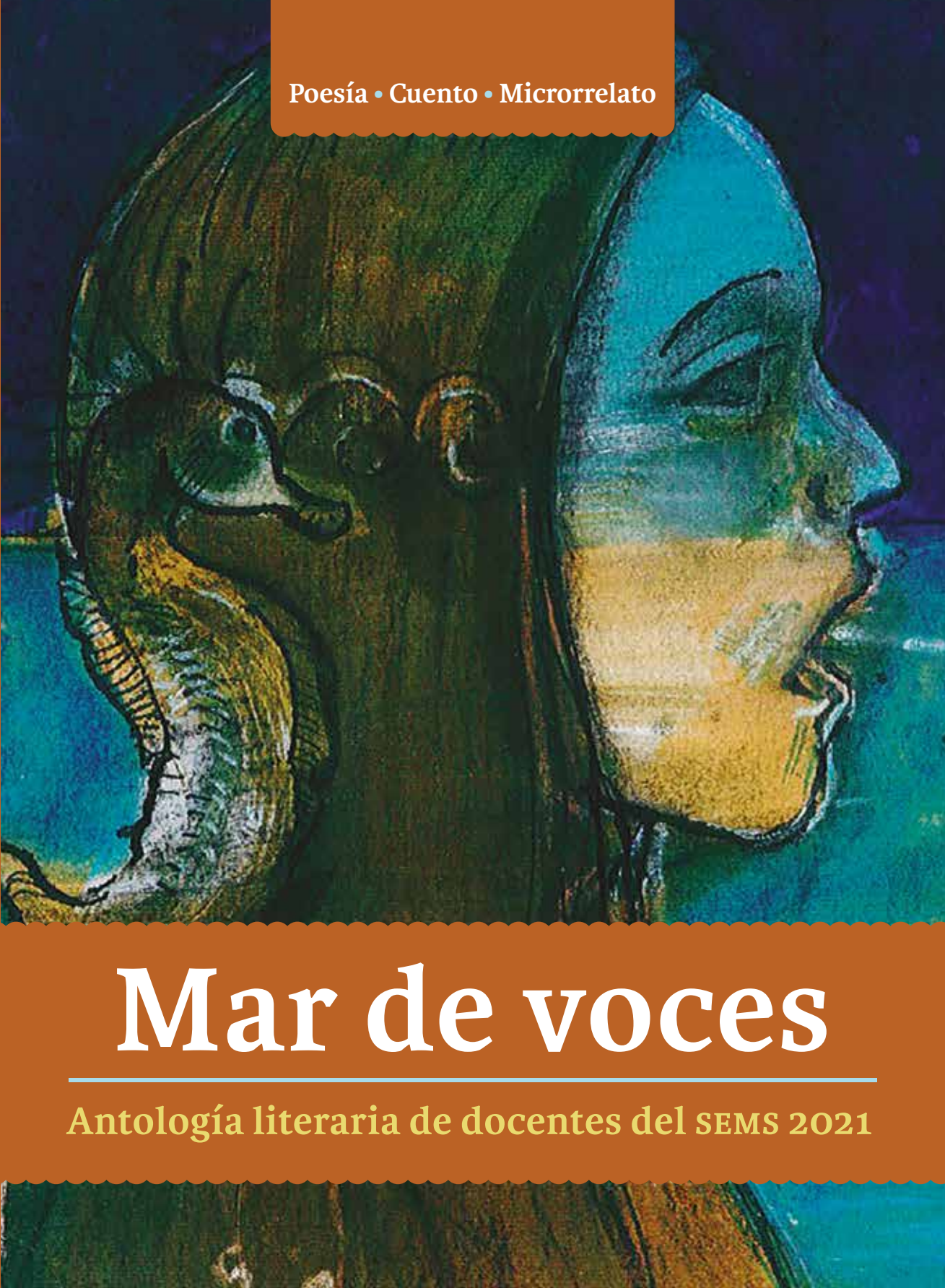




Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2021

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2021

Mar de voces: antología literaria de docentes del SEMS 2021 / Coordinación Lilia Herlinda Mendoza Roaf, María Adriana Sotelo Villegas; Comité Editorial Óscar Daniel Gómez Mendoza... [et al.]; autores Miriam Susana Cervantes Munguía... [et al.]; presentación César Antonio Barba Delgadillo; ilustraciones Pedro Paredes Goche. --1a ed.-- Guadalajara, Jalisco: Editorial Universidad de Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Sistema de Educación Media Superior (SEMS), 2021.

A la cabeza de la portada: Poesía. Cuento. Microrrelato

ISBN 978-607-571-287-1

1. Antología literaria. 2. Cuentos mexicanos-Colecciones
3. Poesía mexicana-Colecciones. I. Mendoza Roaf, Linda Herlinda, coordinadora II. Sotelo Villegas, María Adriana, coordinadora III. Gómez Mendoza, Óscar Daniel, comité editorial IV. Cervantes Munguía, Miriam Susana, autor V. Barba Delgadillo, César Antonio, presentación VI. Paredes Goche, Pedro, ilustrador VII. t. Antología literaria de docentes del SEMS 2021.

868.5 .M29 2021 CDD23
PQ7235 .M29 2021 LC
DNT Thema

Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2021



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA





Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

César Antonio Barba Delgadillo
Dirección General del Sistema
de Educación Media Superior

Ernesto Herrera Cárdenas
Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior

Lilia Herlinda Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior

Missael Robles Robles
Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2021

Coordinación
Lilia Herlinda Mendoza Roaf
María Adriana Sotelo Villegas

Autores

© Miriam Susana Cervantes Munguía, Ana Gabriela González Martínez, Octavio Ricardo Hernández Hernández, Federico de Jesús Jiménez Huerta, José Antonio Neri Tello, Elba Irene Vega Fregoso, Dante Alejandro Velázquez Limón, Carmen Lilian Velasco Rodríguez, Víctor Villarreal Velasco, Berónica Palacios Rojas, Miriam Chávez Martínez, José Omar Razo Sumaya, Adrián Sánchez Monroy, Graciela Lomelí Núñez, Fátima Zoraida Ocampo Díaz, Mario Armando Garibay Ancira, Adán Meza Álvarez, Natzlilely Casillas Arreola, José de Jesús Cruz Flores, Andrea Cecilia Madrigal Sánchez, Lucia Valencia Valerio, Daniela Tejeda Preciado, María Sara Cardona Muñoz, Efraín Amador Sánchez, Jorge Alberto Muñoz Santana, Héctor Adrián Ramos López, Alejandro Martínez Martínez, Atzimba Mondragón Galindo, Mario Alberto Hernández Wenceslao, Vanessa Cabuto Enríquez, Jorge Luis Cordero Plascencia, María Guadalupe Corona Santana, Fátima Osuna Montes, Ricardo Tonathiu Figueroa López, Olivia Márquez Gómez, Maricela Chávez Mendoza, Ramón Zúñiga Montero, Xóchitl Ramírez Hernández, Fernando Herrera Bautista, Christian Guadalupe Martínez Rodríguez, María del Carmen Padilla Arreguín, Leonardo Martín Alvarado Mercado

Presentación
César Antonio Barba Delgadillo

Comité editorial
Lilia Herlinda Mendoza Roaf, María Adriana Sotelo Villegas, Óscar Daniel Gómez Mendoza, Andrea Monserrat Torres Vaca, Luis Martín Ulloa, Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro, Silvia Magdalena Quezada Camberos, Cándida Elizabeth Vivero Marín, Juan Manuel Sánchez Ocampo, María Luisa Gómez García, Luis Antonio Medina Gutiérrez, Lilia Lizbeth Camberos Gutiérrez, Jorge Souza Jauffred

Ilustraciones
© Pedro Paredes Goche

D.R. © 2021, Universidad de Guadalajara



Sistema de Educación Media Superior
Liceo 496
Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco



José Bonifacio Andraza 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

ISBN 978-607-571-287-1

Noviembre de 2021

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Presentación

La escritura creativa es todo un acontecimiento por muchas razones, en especial porque nos permite establecer contacto entre los seres humanos a pesar de la distancia o ausencia; un contacto que da la sensación de compañía y diálogo íntimo, que permite recrear el pensamiento a través de imágenes viajeras, cargadas de pasiones, historias y sueños como en este constante *Mar de voces*.

Este libro responde a la necesidad de los profesores de bachillerato por compartir con sus lectores el anhelo de crear historias muy humanas, traducidas en poesía, breve narrativa o cuento; hoy reunidas en un espacio digno de publicarse, como una antología literaria, que el SEMS ha hecho posible.

Las historias compiladas han permitido desentrañar el mundo íntimo de nuestros maestros quienes, por medio de su narrativa, derribaron los muros del salón de clases para trascender, mutando en diferentes escenarios de la vida y expresando alegría, sorpresa, dolor, nostalgia, amor o anécdotas extraordinarias nacidas de sus fantasías, de su recreación de la realidad. Guiados por sus musas, mostraron que saben contar historias y describir parajes, llenos de aromas familiares, y personajes atrapados en tradiciones mitológicas, mutados por la necesidad surgida desde la imaginación.

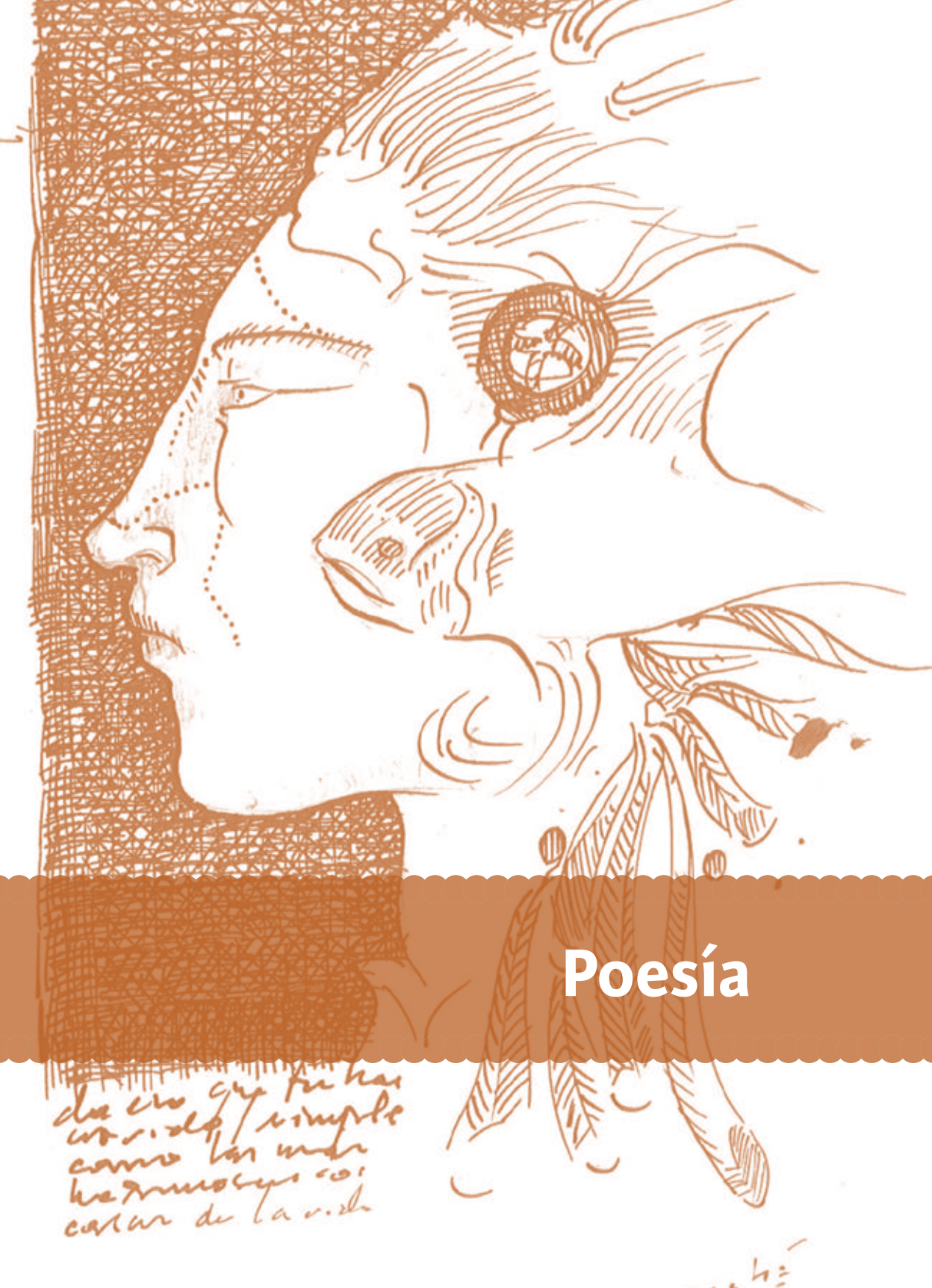
Es digno de celebrar que se cuenta con docentes que no solo usan su imaginación para guiar a sus estudiantes adolescentes y ser referencia de conocimiento, sino que también exponen su capacidad artística y creativa en el dominio del lenguaje escrito.

Hoy por hoy, *Mar de Voces* sube su marea para no encallar y llevarnos por tierras muy lejanas, entre suaves corrientes y desafiantes marejadas, que nos harán reflexionar sobre la condición humana, sobre nuestras propias ausencias, nuestros fantasmas y virtudes.

Invitamos a los lectores a disfrutar el viaje que ofrece esta antología, que promete una sensación de asombro, página a página y de autor en autor, con la certeza de que un trozo de su esencia quede en ustedes.

César Antonio Barba Delgadillo

Director general de SEMS



Poesía

de eso que fu has
un oído / simple
como las mar
hadmosos co
catar de la vida

Miriam Susana Cervantes Munguía

Preparatoria de Tonalá Norte

Camino del místico

I

Un afecto debe estar embriagado de ayuno y vela.
Aquel que llene su panza, miserable querido.
Come aflicción el amante y duerme en hiel.
Entonces sucumbe en desamparo a la poesía
en donde la auto calamidad empata con el ánimo.

Mora con solemnidad el enamorado
en un universo cruel al que se resigna
pues queriendo escapar del martirio de la Dunya
apela a un tormento peor, que es ¡el querer!

Delira el caballero su maldición
y en su primer intento de hallarse ¡caerá!
pues sujeta una mayúscula faena,
la faena de la abnegación.

.....

II

Los derviches caminantes escuchan con reserva lo que se dice de ellos.
Concurren en batallas, solucionan enigmas, rebasan óbices
y se reintegran en silencio a su destino triunfante.

En ascetismo, encuentran desiertos atestados de palabras
haciendo suyo lo divino,
y comprende el caminante
al enrevesado ser que se afirma y se niega a sí mismo.

Bajo la sombra de una datilera, el místico canta sin voz
levita por la arena hasta el pozo de Zamzam
y adopta todas las formas
hasta avivarse del sopor en brazos de Azrael.

.....

III

De la gloria, la rendición
por mis *duās* abrumada,
un retoño ha existido.

En mi persistente vientre
se coronó del apego la perpetuidad
y con gimoteo tierno
de mi mama, el ilimitado ser se erigió.

Concebido de la médula
primoroso, radiante y celeste
más hazañas no mendigo
que la ventura de lo que con impulso
y en un trance de suplicio
ha dado partida
al portal de mi contento.



Ana Gabriela González Martínez

Preparatoria 12

Secreto de familia

Sentados a la mesa,
porque los platos humeaban,
sonrieron pensando que entre sus secretos
no había secretos.

Una fotografía para el recuerdo,
una bocanada gris.
“¡Sonrían, sonrían!”

La condena de una memoria.

Ahora un brindis.
Por la comodidad del silencio
por el cielo dilatado de espera
por lo bien que se vive a la deriva.

La fotografía impresa adorna un vestíbulo de amarilla luz,
un dios tejaban de mañanas muertas
de miradas incómodas.

Varado en una mesa,
el portarretrato es una prisión,
emana una mueca de nostalgia incierta.

Sentados. De izquierda a derecha.

“Soy el padre, el silencio que me dieron.”

“Soy la madre de todos y de ningún hijo. No soy mi vida.”

“Soy el primogénito, la confirmación de la carne.”

“Soy el segundo hijo, la herencia dolorosa.”

De pie. De izquierda a derecha.

“Soy el tercer hijo, vivo anclado al corazón de mi madre
pero desde la distancia larga.”

“Soy el cuarto hijo, nada más el cuarto hijo.”

“Soy el quinto hijo, el hijo eterno, la muerte prolongada.”

Cercano el final del día,
untaron el pan con el sobrante de la mañana
y se despidieron en el umbral de la marea crecida.

La sangre llama,
pero hay tardes en las que revienta
y sabe a sal.



Conjugación de la maternidad

Yo ya no soy.

Tú me eres,
me hieres todo
respiramos un mismo torrente sanguíneo,
un estallido lento.

Él, ella, usted
no saben,
no conocen el silencio que nos une.

Nosotras hablamos mudas si nos vemos en los ojos de otras,
lloramos a ciegas.

Ustedes vuelan,
son relámpagos.
Desbordan la realidad y el miedo.

Ellos abrazan o se hacen sombras,
aman
o son agua tibia.



Octavio Ricardo Hernández Hernández

Preparatoria 13

La voluntad de la lluvia

De ti quedarán los restos de todo.
No serán necesarios los nombres.
Basta con esas inmanencias que han poblado la tierra desnuda,
para que la lluvia cante todos tus posibles nombres.

Creo en las arterias de la lluvia.
En su mar arbóreo que resguarda el fuego que le pertenece al agua.
Creo en el agua.
Creo en el naufragio de tu cuerpo que ha olvidado ya sus ahogamientos.
Creo en las colindancias del fuego con el agua,
en las postrimerías del recuerdo y las luces de olvido que han fundado
[en mi memoria,
los retornos del agua que ha de convocarnos a una desnudez más
[amorosa.



Interrogaciones del naufragio

Nada se oculta pero tampoco es cierto todavía.
Este presente es solo ese silencio tuyo.
Ahora busco una memoria diferente a la del agua.
Busco una proximidad.
Busco una mañana sedicente para mis dudosas invisibilidades.

Busco una forma de poder tocar la oscuridad para escuchar en el
[silencio
mi propia voz que se enreda en el follaje de árboles ausentes,
de árboles levantados en el aire como una manifestación del olvido.

El efluvio del olvido es un silencio vivo, enterrado en la carne.
Se confunde con el vacío, con los nombres inventados por el aire de
[ciertos recuerdos,
de ciertas exhalaciones de los ojos abiertos a la noche y sus
[frustraciones
disueltas en el tiempo que habitamos,
en el lugar que transcurrimos y que nos hace más viejos.

Silencio que se resuelve como el agua.
En su núcleo la memoria aún respira, oscila la marea impronunciable
[de tu cuerpo,
vibran las indefiniciones de tus labios y sus oscuros desplazamientos.

Te quiero.
Te quise dulcemente bajo el agua.
Te quise bajo las formas imprecisas de la lluvia,
en la distancia, en la soledad que pesaba sobre mis palabras,
pero me aferraba a los rescoldos de tu aliento sobre mi mejilla, a tus
[labios puestos sobre mi pecho.

Pero algo nos destruía, nos impregnaba de olvido,
nos circundaba de una ausencia que borraba los límites de aquellas
[formas de tocarnos.

Ahora los nombres ya no nos pertenecían.
Tu cuerpo herido, tu cabellera destrozada fundaban en mí, oscuros
[presagios,
signos insomnes convertidos en la nostalgia del naufragio
que ha de reguardar los movimientos imprecisos de tu corazón.

Qué más se ama

Intento asirme a tus manos lejanas.
A tu corazón verosímil que late en esa espuma donde el paisaje se rompe.
Mis ojos se cierran,
pero tu cuerpo sobrepasa mi continuidad.

Las palabras sostenidas en el aire
han sido abandonadas ante el asombro y ante mis sordas exhortaciones.

Me he visto.
Por vez primera me he visto temblar y apenas esbozar una sonrisa.
Algo de mi inverosímil existencia se ha vuelto presencia,
eternidad por donde habla la tarde.
La muerte ya no será mi última palabra,
toda ausencia ha de resignificarse en tus ojos.
En esa primera luz que define la realidad, la que siempre he perdido
y que apenas en un abrir y cerrar de ojos,
me has obsequiado sin decir nada,
porque ya lo habías dicho todo en silencio.

Te bendigo con mis ojos que han perdido cierta luz,
pero que aun en la oscuridad de mis palabras,
presienten tu cuerpo como la herida presente ciertas inclinaciones
[oscuras.

Imborrable, como mi propia carne,
en medio de la sedimentada Luz que te nombra más allá de las ausencias,
de los olvidos,
de los recuerdos o los hermosos te quiero.

Pero el amor va más allá de este mundo,
de la carne,
ya que el cuerpo es solo tránsito,

instante fugitivo que no permanece,
sino tu boca,
ese hermoso gesto que habita cualquier atisbo de tristeza.



Lo que arde y otros deshielos

A Luis Vicente de Aguinaga

Lo que arde de la noche, es la luz.
Lo que se apaga en los cuerpos,
es la otra mirada,
donde todo es al verse.

Adquiere conciencia ese olvido.
Nos abrimos al mundo.
Miramos a otra parte
con ojos más amorosos aún,

que los dulces lenguajes
que se encienden en los cuerpos.
Puerto nocturno

donde los ojos de pájaros no descansan.
Migran en otros aires y en otras lluvias,
alcanzados por su imagen definitiva.

Federico de Jesús Jiménez Huerta

Preparatoria 18

Criba

en la cresta del tiempo se revelan otras palabras entre el vidrio y las
edades
en el tiempo velan otra edad
cresta o vidrio
y
tiempo entre la
resta se vela y
labra en el vidrio
en otras palabras
entre el vidrio
del tiempo ve la
vi-
da
en ti
se revela
esta palabra y
otras edades
en el tiempo se ve
otra palabra



Poema contra la gravedad

					o
					i
	e	r			c
	t	a			n
	n	z	s		e
	a	a	a		l
	t		r		i
	s	l	b		s
	n	e	a		
	i	d	l		l
			a		e
	l	o	p	a	
	e	t		j	n
	d	e	e	a	e
o:		b	d	v	
g	n	a		a	a
a	ó	f	a	n	j
p	i	l	d		o
m	c	a	u	a	m
á	a		n	n	
l	r	z,	s	u	e
e	i	o	e		s
r	p	v	d	o	
	s			m	e
n	e	a	ú,	o	u
u	r	l	t	c	q



Página legal de algún libro imaginario

Poesía aislada

1ª Edición, agosto de 2021

D.R. © 2021

El que aisló estos textos imaginados
que intentan arrimarse a la poesía,
pero son meras islas en el tiempo venidero.

Los poemas que componen esta obra
son propiedad intelectual del autor
y pueden ser alterados, transformados,
intervenidos, manipulados,
fotocopiados y reproducidos total o parcialmente,
por cualquier medio o método,
sin nece(si)dad de la autorización por escrito
del editor o del autor.

Deseamos que esta obra sea un detonante
para otras obras. Amén.

Impreso y hecho en México



Poesía (siglema 575)

Puse mi rostro
en rimas silenciosas
de otros vientos.

Otra voz de mar,
feroz clamor humeante,
ahogó la luz.

Estación del ser:
la palabra en verso
es un pez manco.

Silencié tu voz,
tu boca luminosa
ardió en sombras.

Ícono, grité,
el metro ya nos muerde,
muda estrofa.

Abrí la noche
para citar palabras
de tu silencio.



José Antonio Neri Tello

Preparatoria 7

a mis muertos

el hilo

1

sujeté con mucha fuerza
el hilo se hizo sogá
lo quise sujetar a mí
una fuerza descomunal lo arrebató
la sogá dejó ampollas
que arden y revientan
llueve
Dios lava y sana sus heridas

2

Señor que das vida
y llamas a tu lado
a las criaturas celestiales
nos has atado al espacio y tiempo
para que todo comience y termine en ti
tu voz da aliento, lo nombra y existe
nos has abierto las manos
para soltar el hilo que aprisionan las almas
ellas atienden tu llamado
y nosotros quedamos con la muerte

Tello

1

cuando murieron mis abuelos el desamparo invadió los adultos
mis tíos y mi mamá tuvieron que recomponer la casa:
cuando el cuerpo deja de respirar llegan las cartas de los Estados
[Unidos
los pésames y construimos el muro donde clavamos los fantasmas
que comienzan a habitar los sueños, las apariciones, los espectros y
[los reflejos
que detienen el tiempo sobre los cuadros colgados
nuestra condenada es habitar la patria que desde los vivos nos parece
[árida
desde allá vinieron los abuelos recogieron las hojarascas y sus pisadas
[para encontrar
los pedazos que fueron quedándose en lo tangible
tenían que crear con esa energía nuevamente su casa etérea
preparar el nacimiento de sus hijos

2. Antonia

hay que agradecer las células que somos
en ellas se encuentran nuestra esencia divina
hablamos con Dios, él nos escucha y habla con un silencio nos
[reconforta
agradecemos el tiempo, crecemos también contigo
vamos, tía, a mirar de cerca tu diálogo íntimo con Dios
como el polvo liberado de su aliento
nos dibuja el rostro.

3

Delfina fue la primera ausencia
nació mayor, todos la despedimos y para que naciera en la tierra

después murió Juan y supimos que los demás granos se desprenderían
[de la mazorca
mis abuelos y Delfina prepararon la comida
¿quién te espera con la mesa puesta para tu nacimiento?
murió Antonia, en los pasillos del hospital nació un capullo y los
[abuelos
abrieron los pétalos para arrullar a la niña que duerme.

4

ayer no fue cualquier día, Manuel
amor también es soltar la cuerda y dejarte ir
llegaron los paramédicos a revisar los signos vitales
el sueño es liberador
no hubo ningún quejido, ningún sufrimiento
es que el sueño nos abre a nuestra casa
yo estuve allí para acompañarte
es que cuando los adultos regresan a la niñez
piden la mano, todos te la dimos
porque alguna vez fuimos también niños
y tu mano no nos abandonó
es que llegamos al final todos juntos
el certificado de defunción es el cuento hermoso
nos dijo el paramédico que lo lograste
nos dijo el médico que lo lograste
nos dijo tu corazón se fue entero y renovado
abre tus brazos y envuelve a mis abuelos y a tus hermanos
siéntate con ellos a la mesa y disfruta tu llegada
por mamá no te preocupes



Elba Irene Vega Fregoso

Preparatoria 8

Método fácil y rápido para ser poeta

No confíes en nadie
Lléname de ti mismo
Malviájate siempre

Descarta tus sueños de infancia
Habla mucho y odia tu país de origen
Si puedes, trapea el piso de tu casa
con las lágrimas de tus antepasados

Escribe mil poemas y experimenta genuinamente
la angustia creadora: destrúyelos,
después finge un ataque de ansiedad
en la regadera
Sueña que eres un hombre blanco adinerado
Habla con pasión sobre la libertad:
prepara el laberinto de huida de tu cárcel personal
a sabiendas de que jamás querrás usarlo

Conoce tu secreto inconfesable:
serías capaz de destruir el arte desde sus cimientos

Concéntrate en los pobres, locos y marginados con fervor romántico
Alaba a algún dictador, por lo menos una vez en tu vida
Ocúpate de las apariencias

Construye tu herida existencial a la altura de las circunstancias
Y procura que nadie, jamás, te perdone el haber sido humano.



Arte poética

Escribir
por una vez
poesía definitiva

aquella que a través
de la palabra
logre asir la vida
sin parecer apenas
su remedo

escribir, por una vez
y que de la página
surjan mariposas enervantes
y antiguos justicieros

escribir como un hechizo
de lectores consumados e inexpertos
y que la ficción
sea algo más que espejo:
carne dura
sangre pura

escribir que no sean
solo palabras (savia de la vida)
que exclamen todos:
¡sabía de la vida!

...y del hastío,
del nacimiento de los niños
el trabajo cotidiano
y la muerte real

lograr que lo virtual
se vuelva amargo
y regresar
al cuerpo
a la lombriz
al menstruo
al manglar

escribir la verdad
sin periodismo ni historia
y que de todos los huecos de
la hoja brote el absoluto
de la rosa...



Dante Alejandro Velázquez Limón

Preparatoria Regional de Chapala

El suburbio

Yo vi nacer la casa una noche
cuando no se agrietaban aún las aceras
de esta ciudad enferma,
en la penumbra de un escritorio
con un juego de lápices rotos y la urgencia
de ciertas líneas por emigrar cuanto antes
del pulso y la imaginación
al baldío de un suburbio en aquella ladera
recién abierta por la excavadora.

Primero fueron el ojo y la mano, tendidos sobre el papel
buscando la mancha / la dirección correcta de cada línea
sumando proporciones y escalas
con matemática de escarabajo
y una gota de café a punto de irse al suelo
o al sueño de la medianoche.

Elevó la línea su ansiedad vertical
roturando estelas donde no había llegado la geometría
se quebró, se onduló, fue sumando coordenadas
en el páramo de una pantalla / de un papel impreso
en espera de instalar su color y sus ardores
allá, afuera, donde la ciudad
nunca termina por construirse
e imaginar con la paciencia de un capibara
que un día (quién sabe cuando) será radiante.

El suburbio (2)

Un lunes cualquiera cae la línea en el solar
de una calle donde se estrenan el adoquín y los pinabetes.
Sube entre la arcilla / es madre selva de cal y arenas
que rompe con impaciencia el baldío
y multiplica su rumbo entre los hormigueros,
la higuera y el barranco.

El peón destaza la hiedra con maestría
y abre el ancho paso de los cimientos
sobre la naturaleza y sus docilidades.
Llegan uno a uno los sacos de arena, el mortero,
el camión de piedra y los esbeltos armex
a gobernar sus líneas con el cálculo
del plomo y la mirada,
porque no hay error posible para el paisaje humano
en la casa que nace / porque asume su técnica
con mayor vanidad que la de una araña
o un hormiguero de trescientas cámaras.

La mano del albañil se parte en la calhidra
y el peso del bulto balancea sus cuarenta kilos
al chirriar de las carruchas y los albures.
Se agregan una a una las paredes, las columnas,
los trenzados de hierro, cristales y lambrines.
Cada ladrillo suma geometrías
entre los morteros que bañan su cuerpo
hasta cerrar ese universo llamado habitación
donde mañana habrá de resguardarse un *alguien*
y sus vidas probables
de las que nadie conoce aún -ni lo sueña-
virtudes, vicios y traiciones por llegar.

Carmen Lilian Velasco Rodríguez

Preparatoria 18

Ausencia

Mirar la puerta y esperar tu sombra.
Planear el menú de la semana.
Sentir el humo de tu cigarro en el patio.
La charla en la cama, y tu cambio de humor.
A las nueve en punto “me marcas para ver dónde voy”.
Te amo.
Tu silueta dobla la esquina.



El propietario

Palabras soplan magia a través de una ventana.
Afuera el roble, la recibe. Afuera el aire. Aire abrumador.

Palabras vivas que invaden lo nuevo, todo lo que no sabe que es nuevo.
Toman voluntades para engendrar delicadas pero fuertes líneas que
unan el cielo con la tierra. Una vertical de acero entre lo de arriba y el
suelo. No visible y aun así palpable; fuerza descomunal y extranjera.
Inevitablemente real.



Víctor Villarreal Velasco

Preparatoria 11

Silencio

Respira el árbol
y enraizadas sus arterias a la anatomía de la tierra
suspira el canto del cenizote.

Pueden venir fuertes vientos.
Se llevarán en vuelo los silencios,
nacidos en crisálidas.

Sin anunciarse,
la soledad se fermenta en la lengua de los cansados,
embriagados de muerte y de larga vida.

Llega tarde la cordura.
Hay rejas detrás de los ojos
y puertas cerradas en la garganta.

A veces lo infinito necesita nombre,
así como la palabra necesita eternidad.

Es tan devastador el silencio,
que la locura está sobrepoblada.



Berónica Palacios Rojas

Preparatoria Regional de Chapala

Réquiem para pies descalzos

El silencio entona un réquiem para pies descalzos
en el Ministerio de Muertes Dolosas.

Las madres buscan la huella única
entre ropa, uñas, lunares y tatuajes.

Pocos pies se cuidaron en vida.

En SEMEFO se pudren, se maltratan
se consumen lentamente:

plantas de inocentes, de piel fina
y de sangre indígena, siempre ignorados.

Los entes al filo de las preguntas,
temen a las respuestas;

con los ojos avivados y el corazón pequeño
traspasan paredes, pasillos y escuchan su nombre
de cualquier oficina.

Deambulan atravesando la humanidad del otro.

Y a lo lejos, el réquiem llega con más fuerza

irrumpe el sonido triste de violín,

el grito lastimero

y la misión fallida de los andantes.



Miriam Chávez Martínez

Preparatoria 5

Ayuctli

Bienaventurados sean los suyos...Papantzin
 anciano líquido meloso
 digno depósito de ancestrales sabios
suplicio de párvulas voces
 madre antídoto de láctea
 lúdico lucro de manos gobernantes

Bienaventurados sean los nuestros... señores
gorgoteando a bocajarros
 la raíz bendita en la contienda
de furias linguales
destellantes y armónicos delirios
para los cuerpos desamparados
conciencia del soma diurno
en el atardecer de los manjares
paladar de acordes nocturnales



Derramando Mares

Safo

Tiniebla de Lesbos
sombra-mar en alborada
pez-mito
emana tu vuelo acantilado
desterrando el alma de Faón
susurro de bífidas voces

Virginia

ahogo en manantiales
sobre el manto de angustia
flota tu pluma en torbellino invicto
y el templo de tus ojos serpentina
destila Orlando sus caudales
en tus fauces
medusas caracolas revisten tus pasos

Alfonsina

tempestad - escalera
océano menguante de pálidas lunas
danzarán infantes las olas
y en tu sepulcro
luciérnagas marinas



José Omar Razo Sumaya

Preparatoria de Tonalá Norte

Pájaro de alambre y cera

A Adán V.

Desde el ojo abigarrado
eres acantocéfalo vivo de luces sombras.
Rapa descolorida donde la luna grita,
medusa triste que besa a grillos en el Sol.

Tetis en el espejo de Venus es ave, tigre, árbol.
Manzana de oro
Manzana de tierra
 Bagasas envidiosas
 Envidiosas bagasas

El tiempo hierve sin sal en tus alas de agua
ante la metafísica que se viste de azul y miel.
Te llamaré hilos de soledad que construyen
sombras, columnas, hojas, cántaros y laberintos.

Señalaré al amor
que es piel desnuda en animales y hombres.
Prisioneros, condenados, ante los ojos de Creta y Minerva
sobre gaviotas y caracolas que sangran limón-naranja.

Paloma con alas falsas,
aléjate del sol, que es padre de todas las verdades.
Acércate a la luna,
que es como tú, hueca, baldía, muerta.

Hilo del brazo y la espalda de la arquitectura,
amante despistado del mar, nieve, brisa.
Vena, hueso, órgano, tejido, de esta lluvia
que no deja de caer sobre el rostro desfigurado de Dios.



Ante el Sol y los elefantes

He aquí el mar, monumento de tenacidad que consuela y aterra el corazón de los hombres. Espejismo de luces, que evoca la sangre que brota de la soledad y el olvido; ante ti se arrodillen todos los dioses que han marcado con sus manos tu espuma, tus peces, las mujeres, los niños y hasta tus sirenas. Orquesta en concierto constante, que nunca se detiene, guiada por la luna y el viento, al amparo de arcángeles de sal. Oración y credo en los bolsillos del pobre, en la chaqueta del rico, en el velo de la tarde, en el sueño de la noche. Capitolio sin frontera para todos los cuerpos, agitador, provocador de todas las calenturas, esas que desbordan, ciegan, enloquecen. Madre y padre de todas las estrellas, de los peñascos, de los desiertos, de los rotos y los completos, de los números, de la distancia, de la línea, del círculo. Sueño y pesadilla, que se impone ante el Sol, con la discreción de la gaviota, esa que rosa tenuemente los cabellos de plata de la palmera. Sublime en cada movimiento, porque revela todos los alfabetos, canta en todas las lenguas, danza en todos los tiempos. Nos engaña a ratos, para burlarse de nosotros, y ver nuestros gestos; pero después nos golpea con la verdad hasta hundirnos en nosotros mismos, logra ahogarnos por instantes, pero a pesar de ser tachado de cruel, nos libera y nos deja respirar fuera y enfrente de él. Moneda de eternidad, en el cuerpo desnudo de la tierra, de rostro propio, con ambigüedad certera, Dios y Demonio en un mismo mundo; arrecife embriagador donde los fantasmas caminan con lentitud, saludando ballenas, delfines, tiburones. Perla, en el cuello de un gran ser que gira sobre el vacío, que nunca cae o se apaga. Halago

e insulto en la bastedad de la creación; sin dueño, pero señor de mucho, de todo. Sin religión, pero con dogmas muy visibles, que le hacen tener horizonte que sirve de nacimiento y ocultación. Ve al hombre como a un pequeño que muere anhelando sus azules o sus verdes esmeraldas; guarda silencio y se duerme un poco, para despertar al mundo, todos los días que le queden por vivir.



Adrián Sánchez Monroy

Preparatoria 5

Contrataque victorioso

Banderas, trompetas y tambores
anuncian la llegada victoriosa
del caballero pensante.
Solo en verso te veré triunfante
porque cortada estará mi mente
y solo de a poco lograré nombrarte.

Heráclito y su fuego,
Epicuro y su jardín,
me acompañan en mi trono.
Como Descartes dudaré de todo
y descubriré la verdad en soledad
en medio del frío invierno.
Seré el volatinero asesinado por un payaso,
el águila orgullosa que admira Zaratustra.

Volveré al comienzo donde
el ser puro y la nada pura se identifican,
y solo en el devenir cobrará sentido
la dialéctica del latir de tu corazón.
Reparado por aquel relojero
que jugaba como un niño sin zapatos.



Graciela Lomelí Núñez

Preparatoria 5

Bajo el signo del malestar

Nací bajo la depresión de mi mente
y el paso de mis parpados oscuros.
Nací bajo la rueda de un sistema que nos
somete y encierra en cuatro robustas
paredes.
Nací con la absurda pesadez de mis piernas
y el arrastre transgresor de mis pies.
Nací con el humor más negro de lo que
pueda tolerar bajo mi piel.
Nací con la amargura de un millón de frutos
podridos en mi pecho.
Nací bajo el influjo de la sociedad y la honda
tristeza de mi madre.
Nací para acompañarla, compartir su soledad
y su melancolía.
Nací con la rabia de mi generación y la
desolación de los desprotegidos
Nací con el hambre más feroz y abominable
la que se traga mis entrañas si no la sacio.
Nací para esperar pacientemente
en la oscuridad de una calle repleta de fábricas
y calles abandonadas.
Nací entre los escombros de un hogar desmembrado
y sus cimientos tambaleantes.
Nací con los surcos en mi rostro como la mala herencia
de una familia ajena a mí.

Nací bajo los recuerdos de la esperanza de un futuro mejor.

Con la boca seca, sedienta de un poco más del rocío de una noche lluviosa.

La justicia nunca fue rápida ni bondadosa para los que no tienen algo más allá que la comida del día a día.

Apagada, esperando marchar hacia la zona de los ensueños prefabricados.



Fátima Zoraida Ocampo Díaz

Preparatoria 18

Vaho

Tu aliento aviva mis palabras,
y logran salir de mis labios
para perderse en mi infinito soliloquio sobre ti.
La vibración de tus pensamientos
va alterando las líneas de mi cuerpo,
cambiando su itinerario, formando nuevas historias
en las que un grito ahogado te clama
con el deseo persistente de tenerte junto a mí,
para descubrirte fuerte, suave, vivo, firme
para convertirnos en cometas enredados en el vacío.

Perspectiva

Desvanéceme entre tus brazos,
cerremos nuestro pasado
e iniciemos un nuevo presente.
Bocetemos el futuro
con la punta de los dedos
en nuestras pieles renovadas,
modifiquemos perspectivas,
suavicemos cada uno de nuestros trazos,
rehagámonos todos los días
con la certeza de contar con el mismo punto de fuga,
de ese nosotros, que se vuelve uno;
al ritmo de nuestro compás aritmético

Mario Armando Garibay Ancira

Preparatoria 5

El bebé sapo

En el agua del río
que desemboca en el mar,
en el agua del río
que atraviesa la cañada,
en el agua del río
que baja de la montaña,
en el agua del río
revienta el bebé sapo.
Y también revienta en las orillas,
y en las vertientes alledañas,
y en los senderos y patios,
y hasta en el empedrado.
En la sandalia del despistado.
En el hígado del contemplativo.
Revienta de alegría porque es verano,
revienta de pasión porque es de noche,
revienta de locura porque hace calor,
revienta de sensualidad porque hay luna,
revienta de belleza porque su piel brilla,
revienta de deseo porque está maduro.
Las raíces de los árboles,
recursivas y barrocas,
le tejen con teselas bizantinas tropicales
un mosaico de verdades inasibles...
Y también de falsedades.
Y empieza el aguacero,

las nubes negras y panzonas,
se vienen desde el mar hasta las crestas,
se agolpan contra las montañas,
y se vuelven ya tormenta.
Es el gran DIOS que croa,
júbilo cósmico,
que croa.
Y el bebé sapo revienta,
junto con una marea de congéneres,
hasta en las dunas tímidas de la playa,
y bajo las palapas,
y en el vientre de los cocos.
Marea de sapos,
inundación súbita.
El relámpago advierte un horizonte de papadas,
el trueno aplaude el roce mucilaginoso,
el ventarrón despeina lunares y verrugas excitadas.
El gran DIOS croa.
y el bebé sapo,
maduro y fértil,
se descuelga del pardo deseo
y arropado,
desde su cuna limosa,
le croa al gran DIOS que ya se va,
que ya se esconde en la montaña
y que mañana bajará
vuelto arroyo de lisos renacuajos...
Cuajos, cuajos,
cuajos, cuajos,
cuajos, cuajos...





Cuento

Aquel hombre

Sus zapatos le calzaban grandes. Pensó que se habían estirado por el uso, no prestó atención. Al siguiente día, notó que su camisa le quedaba floja, igual su pantalón. Fue a verse en el espejo y estaban más holgados. Le pareció raro al principio. ¿Sería porque la ropa era vieja y llevaba mucho tiempo usándola? Después se convenció de que podría ser normal.

A los pocos días, quedó de encontrarse con sus amigos de preparatoria; hacía mucho que no se reunían. Todo iba normal, bebieron y charlaron a lo largo de la velada. Cuando llegó el momento de tomarse la fotografía del recuerdo, uno de sus amigos más cercanos se puso a su lado y le dijo no recordarlo tan bajito. “Quizá seguiste creciendo después de que salimos y yo me quedé igual”, contestó. Aunque fue algo a lo que no quiso darle importancia, observó que los demás eran más altos que él, incluso sus compañeras que recordaba más bajitas.

Un día, como de costumbre, fue a comprar a la tienda, y al retirarse con la mercancía en sus manos, se despidió y la vendedora apuntó: “¡que te vaya bien, chaparrito!” Él no había sido chaparrito; su estatura, si bien no resaltaba, había estado dentro del promedio, como para que le dijeran así. Ese sobrenombre lo volvió a escuchar por sus compañeros de trabajo, cada vez con mayor frecuencia: “¡hola, chaparrito!” “¿Cómo estás, chaparrito?” “¡Aquí viene el chaparrito!” Parecía que hubieran sustituido su nombre. Y era cierto, él veía a las personas más y más altas.

En casa se volvió difícil alcanzar los vasos de la alacena. El fregadero ya no le llegaba abajo del ombligo, sino que le quedaba unos centímetros arriba. En las sillas, sus pies colgaban haciendo que se le

entumieran. Cuando se acostaba en su cama, los pies ya no le llegaban hasta la orilla como antes. Se estiraba y, con dificultad, alcanzaba el borde. Sacando ropa del clóset, misma que había comprado de su talla, se asombró al ver que las mangas le quedaban largas y el dobladillo de los pantalones eran demasiado grandes. *Eso* no significaba haber perdido peso; la pancita seguía allí, su figura era la misma, solo la ropa le quedaba más holgada. Se empequeñecía.

Comenzó a pasarse la mano por la cabeza una y otra vez, pensando en lo que estaba ocurriendo. Le daba vueltas a su dieta, sus hábitos de ejercicio. Había escuchado que levantar cosas pesadas con frecuencia hacía que las personas perdieran estatura, pero no creyó ser su caso, no se la pasaba levantando cosas pesadas; es más, ni siquiera usaba pesas las pocas veces que iba al gimnasio.

Al despertarse e ir a trabajar, vio que la marca del pliegue en su pantalón era mayor. Dobló la parte de abajo un poco más y pensó arreglarlo a su medida, su nueva medida. Al regresar, fue con la costurera, a unas cuadas de su casa. Ella le preguntó si lo necesitaba para algún familiar. Él no contestó. Cómo iba a explicar que se trataba de su misma ropa, que las marcas del dobladillo eran suyas. No parecería lógico. Ahí se dio cuenta de lo que estaba pasando, pero ¿cómo explicar que se había encogido?

Pasaron las semanas y volvió con la costurera, que ya lo miraba raro pues llevaba la ropa que le había arreglado una y otra vez. Ella se daba cuenta de que algo no estaba bien, pero no se atrevía a preguntarle. Luego empezó a llamar la atención en su cuadra. Los niños lo nombraban “el bajito” y hasta le jugaban bromas.

Presentó la renuncia en su trabajo, no podía continuar. El acoso y la burla de los compañeros se había vuelto insoportable. Después intentó ser cajero de una tienda; no le dieron el empleo por su estatura. Lo supo cuando el de recursos humanos dijo que le costaría trabajo alcanzar la caja registradora.

Regresó decepcionado. Pensaba en las opciones que tenía, tal vez un trabajo desde casa, uno en línea. Estuvo buscando en los sitios web de empleos, no había ninguno que se adecuara a sus necesidades.

Su familia vivía en otra ciudad. Aunque hablaba a menudo con ellos, no se atrevió a decirles qué estaba pasando. Temía decepcionarlos o preocuparlos de nuevo. Estos lo visitarían pronto, y la idea de que lo vieran en su condición le causaba inseguridad, no sabía cómo enfrentarlo. La última vez que se había medido, apenas pasaba del metro. No soportaba pensar en su reacción, era preferible cualquier cosa antes que sentirse humillado y ser una vergüenza para ellos.

Sin empleo, sus ahorros se estaban terminando, y no había nadie de confianza a quien recurrir, nadie que lo pudiera comprender. Incluso cuando fue a consultar con el médico, este no le encontraba explicación lógica a su caso, no podía ayudarlo.

Solo vio una salida: desaparecer. Su familia pasaría por un gran dolor, pero sería mejor que involucrarlos. Hizo una última llamada a su madre para decirle que todo estaba bien.

Dos días antes de irse, él ya tenía todo listo. Partiría por la mañana, aún no sabía adónde, pero no habría problema; con seguridad rentaría un cuarto con el poco dinero que le quedaba. Haría cualquier cosa con tal de no enfrentar a su familia. De repente, escuchó un vehículo estacionarse frente a su casa y reconoció las voces de su madre y su hermano menor. Se preguntó por qué habrían llegado hoy. Cuando abrió la puerta, estaba asombrado con su maleta en las manos.

Su madre gritó: “¡Un niño! ¡¿Un vago?!”. Él salió corriendo y no supo nada más. Ellos revisaron la casa, todo estaba en orden. Las pocas prendas tiradas en la cama no correspondían a la talla de un adulto. Aunque les extrañó, fue más su asombro cuando vieron que él nunca llegó de nuevo a la casa.

Pasaron los días. Las autoridades no lograron localizarlo. La descripción no coincidía, por más precisa que la daban; es más, ni siquiera correspondía a lo que sus vecinos sabían de él en los últimos días.

Meses después, vagabundeaba, vivía aprovechándose de su baja estatura para conseguir dinero y comida en las calles, dormía debajo de puentes o en los recovecos de las casas y portales del centro. Pero su tamaño, de ya menos de sesenta centímetros, lo empezaba a hacer inverosímil. La gente se asombraba tanto, que al encontrárselo se alejaba

asustada, y rara vez le daban dinero. Más de una vez tuvo que luchar con animales y había salido mal herido.

Al pasar por una iglesia, desesperado y triste, vio en su interior un nicho con la imagen de un santo que medía unos centímetros menos que él, pero que tenía ropa a su medida. Este estaba resguardado de los peligros. La gente se acercaba a santiguarse y dejarle dinero, y como el nicho era de cristal, no corría peligro de que lo tocaran. Una idea que consideraba sacrílega pasó por su cabeza: ocupar el lugar del santo. Pero, ¿cómo y qué haría con la figura?

Cansado y hambriento, se acomodó en una esquina de la iglesia. Meditando, se quedó dormido, envuelto en retazos de tela que se ataba con agujetas a la cintura para que no se le cayera, pues era lo único que le quedaba.

De pronto, una monja se acercó al nicho. Lo abrió para sacudir el polvo del santo, al que se veía que le tenía mucha devoción. Mientras hacía su labor, tarareaba una alabanza que él no conocía. Con gran asombro, observó que el nicho no tenía cerradura; era un cubo de cristal sobre un pedestal de madera. La monja, al terminar de asear la figura, la regresó a su lugar y emparejó la puerta.

Buscó un sitio dónde esconderse, esperando a que cerraran la iglesia.

Finalmente, la última misa acabó. El párroco se quedó un rato rezando frente al altar, hasta que caminó hacia el nicho, como para despedirse del santo. Poco después, cerró la puerta de la iglesia por dentro. Él salió de su escondite, directo al nicho donde estaba el santo sobre el pedestal, a más de un metro del piso. Como pudo, se subió a la banca más cercana, abrió la puerta, movió la figura atrás de una columna, le quitó la ropa y se la probó. Se percató de que le quedaba ajustada. La ropita no era de la época, ni estaba a la moda, pero servía para abrigarse.

Para su sorpresa, escuchó unos pasos que hacían eco. Las luces aún estaban encendidas y pensó que vendrían a apagarlas. “Ojalá que el interruptor esté lejos del nicho”, suplicó. El párroco tarareaba una canción, se veía muy contento. Se dirigía justo adonde estaba el nicho. Él respiraba profundo para mantener la calma.

El párroco se iba acercando, con un platito en la mano. En su alucinación, creyó que contenía comida. No se equivocaba, era un platito con sopa que aún vaporizaba. Sus piernas le temblaban, no se acordaba de la expresión y postura que tenía el santo. Acató llevarse las manos al pecho, pensando que aún no estaba al alcance de la vista de su inesperada visita, pero sí fue visto.

El párroco cayó de rodillas frente a él, los ojos casi se le salían de las órbitas. Exclamó diciendo: “Alabado sea el señor. ¡Es un milagro!” Comenzó a llorar, mientras el santo parpadeaba y movía sus brazos.

Dentro del nicho, con las manos en el pecho, le pasaban toda clase de ideas: el párroco lo sacaría de allí, lo golpearía, llamaría a la policía, tal vez hasta lo mataría por el sacrilegio que acababa de cometer. No sabía qué hacer. Sin ver nada y con las rodillas temblorosas, le salieron las lágrimas de dolor, de temor. No podía con la angustia. Casi sollozando, empezó a escuchar cómo se abría lentamente la puerta del nicho. Las lágrimas no dejaban de fluir, ya estaban goteando en sus nuevos ropajes. Entonces, la mano suave del párroco limpió sus mejillas, colocó el platito de comida a sus pies, cerró el nicho y agradeció su presencia.

Al día siguiente, la multitud llenó la iglesia.



Natzllely Casillas Arreola

Preparatoria 8

A las nueve en el Santuario

A Ceci le encanta que su mamá la lleve al jardín del Santuario entre semana. Está a pocas cuadras de su casa y hay muchas luces y gente comiendo buñuelos. Le gusta correr alrededor de la estatua de Fray Antonio Alcalde y dar volteretas, para que su vestido de mezclilla revoloteé con el aire y la fuerza de la velocidad. Se divierte mucho hasta que el reloj de la iglesia anuncia con sus campanadas que son las nueve. Cada que comienza el sonido grave, se detiene para contar si son en realidad nueve. A veces es más temprano y tiene una hora extra para jugar. A veces no. Llega el conteo a nueve y corre hacia la banca en la que su mamá y su abuelita se sientan a tejer o a platicar. Se queda allí, pegadita al cuerpo de su madre, mirando atentamente el lugar en el que el señor de las cobijas se instala para dormir al pie de la estatua.

Carlos arrastra sus pies por la avenida Alcalde, con su montón de cobijas sobre la cabeza. De las nueve de la noche a las siete de la mañana, el actual gobierno permite a los indigentes ocupar las plazas del centro de Guadalajara para dormir, aunque siempre es un riesgo que alguna patrulla llegue a molestar por la madrugada. Frente al jardín, cruzando la avenida, hay un albergue, pero no es lo mismo dormir bajo techo, con decenas de respiraciones cerca, que mirar las estrellas en el momento que quiera.

En ocasiones, llega temprano y espera en la esquina hasta que sueñen las campanas del templo. Ha notado que una niña, con vestido de mezclilla y un gran moño rojo en su cabeza, suele correr alrededor de la estatua hasta esa hora. Procura apurar el paso para alcanzar a verla.

Los compases del *Verano* de Vivaldi resuenan en su cabeza con cada giro de la chiquilla; su cabello chino y esponjado sube y baja, y el ritmo vertiginoso sigue a las pausas largas que toma para recobrar el aliento y recoger alguna cosita del suelo. El baile de la pequeña le conmueve. Le recuerda a una época de infancia feliz, que seguro leyó en alguna novela del siglo pasado porque, lo que es él, nunca tuvo una.

Suenan las campanadas y mira a la niña pararse en seco, estremecerse y correr deprisa a sentarse en la banca de las señoras tejedoras.

Sabe que es su momento de entrar al jardín, que ella cede su espacio para que él se acomode. Mientras tiende sus cobijas, siente la mirada de la niña. Nadie más en esa plaza se percata de su presencia; es una sombra, una basura más de las que hay tiradas en las banquetas del jardín.

Mi prima Licha me dijo que el señor de las cobijas es un robachicos, que se lleva a los niños y les saca los ojos para comérselos. Yo creo que echa mentiras. Cuando estaba chiquita le creía todo, como que si me comía las semillas de los limones me crecería un árbol en la panza, o que si le pegaba a alguien grande se me caería la mano; pero ahora que cumplí cinco años, ya me fijé que echa mentiras. Como cuando me dijo que las cochinillas, mis animalitos favoritos, sacaban ronchas, pero no es cierto. El otro día fuimos mi mamá y yo a comprar jamaica al mercado Corona y vi al señor de las cobijas comiéndose unos tacos al vapor. No había ojos ni niños cerca. Cuando veníamos de regreso, barría la basura que había cerquita del local. Yo creo que si comiera ojos de niños no comería tacos del mercado, no tendría hambre.

Hoy decidí llegar al jardín a las 6:45 para, a las siete, anclarme en la esquina. Pondré antes, al pie de la estatua, una muñeca que elaboré durante las últimas semanas y quiero ver la reacción de la chiquilla. Es ella: tiene su vestido y su moño, sus chinos y sus huaraches. Le eché perfume para que huela bonito.

Ceci llega como bolido a su estatua. Las señoras acomodan sus bolsas y se disponen a tejer. Ninguna advierte que Ceci ya no corre.

Carlos observa desde la esquina. En su cabeza, la *Obertura 1812* de Tchaikovsky le taladra los oídos. Ceci se inclina, pero se levanta rápidamente. Camina despacio hacia su madre, mientras juega con su falda. Brinca el cancel, que protege el césped detrás de la banca, y se agacha a buscar algo. Pasan algunos minutos. La niña regresa a la estatua y coloca lo que trae en la mano junto a la muñeca. La toma y marcha. Marcha al ritmo de la música y gira con la muñeca en sus brazos. Cada tanto se para a revisar el suelo. Así pasa el tiempo hasta que son las nueve.

El ritual se repite. Suenan las campanas. Carlos y Ceci apresuran sus pasos, uno hacia la estatua, la otra hacia su madre.

Al pie de la estatua hay cinco cochinillas.

Carlos mira a Ceci. Ceci mira a Carlos.



José de Jesús Cruz Flores

Preparatoria de Tonalá Norte

Los enduendados

Mi bisabuelo era un ser muy normal, tan normal y común como mi padre, mi madre, mis tías y toda mi parentela, que se entretenía noche a noche contando historias de brujas, espantos y alguna que otra charrita para entrar en calor. En ese mundo tan normal para nosotros, solo nos faltó verlos volar en una noche de aquelarre. Entre las historias que mi tía abuela contaba de mi bisabuelo, era la de su ejército de duendes la que le servían de manera casi incondicional; mismos que, según las malas lenguas, cuidaban de su huerta. Porque mi bisa, que fue pelón de la revolucha, desertor y villista, tenía tratos con fantasmas, seres extraños y por supuesto con sus duendes. Yo, como buena oveja negra de la familia, y para joder tan solo un poco la marrana, solía interrumpir y cuestionar esas historias con mi rigor científico de estudioso de la ciencia racional y bien fundamentada.

—Ya lo crearás, cuando te tumben de esta silla y te jalen de las patas como lo hicieron con tu bisa, una noche calurosa de verano ardiente. Era una noche de Luna grande y roja cuando, en esa silla, justo en el lugar donde estás ahora, tu bisa cenaba y, por su hambre, olvidó darles de comer a sus duendes. Entonces, yo lo vide, con estos ojos; los duendes lo tumbaron de su silla y lo jalaron de las patas hasta dejarlo a la mitad del patio, con todo y que tu bisabuelo era un torote. Grandote, güero y bien dado. A pesar de ello, los duendes lo pepenaron por no darles su alimento. Ahí lo entendimos, bien clarito, que los duendes eran carajos. Por esta cruz, verdad de Dios, mijo.

» Tendrías que haber estado ahí para vernos la cara de sorpresa que teníamos todos los presentes. Mi papá estaba paralizado. Como si fuera un costal de papas, lo tumbaron y se lo llevaron. Ahí supimos el

porqué de sus manías. Y es que mi padre siempre lanzaba el primer alimento que tomaba con sus manos; agarraba entre sus dedos un pedazo de tortilla, lo aderezaba con frijoles revolcados en manteca y sin mirar hacia atrás lanzaba tras de su espalda la comida. Ese día olvidó hacerlo y los duendes encanijados le dieron su arrastrada. Así que, miijo, no se ría ni ponga en duda lo de los duendes, que son seres muy serviciales, si les halla el carácter y el modo. Si no, pos no.

En el fondo, me gustaba ver cómo mi tía se ponía colorada ante mis cuestionamientos. Una noche de esas, oscuras con susurro de cigarras y de luces de luciérnagas, le pedí a mi tía que fuera el puente para conocer a los duendes del bisabuelo. Mi tía me vio con esa mirada que le caracterizaba. Arqueó las cejas y sentí cómo sus ojos con cataratas me enviaban un extraño fulgor.

—¿Para qué, pues? —me interrogó.

—Pos nomás.

—Pos nomás, pos nomás. Muchacho incrédulo. ¿Quieres tantearle el agua a los camotes, mi niño?

Yo la miré sin decir más nada, ella guardó silencio un rato. Tal vez esperaba que yo me desdijera, pero yo la miraba fijamente.

—Ta', bueno, miijo. Vámonos para la orillita del corral.

Salimos de la casa sin linterna y sin nada. La noche era calurosa, pero se oía clarito el ruido del arroyo, que era el lindero natural de las tierras de mi familia. Era un sonido suave, pero de repente un rumor ensordecedor parecía tomar el cauce. Era el sonido habitual de la creciente cuando había lluvias arroyo arriba; sin embargo, no era tiempo de lluvias. Mi tía había trazado un círculo con una vara de membrillo y sonreía divertida. Aquí te aguardo, muchacho, que ya estoy vieja y no se gana para sustos. Acércate a la orillita y llámalos en silencio.

—¿Llamarlos en silencio?

—Ah, que muchacho. ¿Quieres comer tunas sin saber cómo encuerarlas? Te vas a espinar, muchacho, pero ya qué, ya estamos Acámbaro. Usted piense en ellos, llámeles sin decir palabras, pues. Yo aquí lo espero.

La canija de mi tía abuela se quedó muy cómoda. Al fin, después me dijo que las deudas con los duendes son personales. Lo que se cons-

truye es una especie de toma y daca, una dependencia con esos seres que hacen presencia cuando se les invoca y ellos deciden si vales o no la pena. No por invocar se patentizan. Me dijo con el tono doctoral que usaba en esos casos:

—No por desear las cosas suceden.

Era una frase que siempre le escuché decir, pero el desear es el principio de toda realidad, y en el mundo del más allá es un motor de impulso. Así las cosas, solo tenía que desear el estar en contacto con los duendes de mi bisabuelo. Mi tía abuela, al igual que el resto de mi familia, había crecido en un entorno en el que todo lo irreal era una verdad absoluta y físicamente posible. Yo, aunque dudaba y le ponía pruebas para confirmar la chifladura fraterna, tenía esa chispa en la mirada, la misma de mi bisabuelo. Eso decían las matronas y los patriarcas de mi familia.

Esa noche para mi tía fue una situación normal y esperada. Era para ella solo una confirmación de lo supuesto. Mientras estaba en el límite de la tierra de mis ancestros, en pleno conjuro “duendístico”, pensé en el Paracelso que alguna vez mencionó mi profesor de filosofía y cosas extrañamente extrañas. Estaba junto al reino de las ondinas y de los gnomos, en donde ambas esencias se conjugaban en la rueda de la vida, e iba a “enduendarme” tal como lo hizo mi bisabuelo. No sé por qué llegué a ese punto, tal vez por demostrarle a mi tía que eran patrañas lo de los duendes, pero ahí estaba en una noche sin ruido, con mi tía de testigo y la noche que parecía una cámara oscura lista para dejar pasar de un momento a otro la luz que vuelve sombras la oscuridad.

Pensé en los duendes. Lo hice así por no dejar de hacer. El no dejar de hacer, alguna vez leí en un libro, era una forma de hacer, haciendo sin hacer. Eso hacía esa noche de calor intenso. Sudaba como un cerdo. Junto a mí solo estaba un rumor trepidante, como el de las piedras cuando son arrastradas por las aguas embravecidas por un camino hundido en medio de la tierra; la grieta natural de una tierra en la cual habitaban los elementales que algunos llaman duendes o gnomos, pequeños seres de creación incompleta que buscan recrear lo ya creado.

Ahí estaba yo, junto al arroyo que le llamaban Salitrillo, esperando lo que nadie en su sano juicio esperaría. Esa noche transcurrió sin más

detalle. Cuando llegó el amanecer, mi tía me miraba sonriente desde la protección de su círculo. Yo estaba en lo cierto, eran mentiras del bisabuelo, mentiras de mi padre, mentiras de todos, charritas dichas con el solo afán de pasar el rato, matar el tiempo. Nada más.

Ese día lo pasé de la manera más normal. No había nada nuevo bajo el sol, pero el asunto fue en la noche. Cuando llegó la hora de la cena y no arrojé el salario de los duendes, sentí que no tenía ni voz ni voto, ni vista, ni movimiento. Sentí que todo a mi alrededor se volvía silencio, luego que me inclinaba lentamente hacia atrás. Supe que el frío de la espalda es como un viento helado que pega sobre los vellos y los convierte en pequeñas alcayatas que van penetrando lentamente, amplificando la sensación conforme tocan los huesos de la columna. Luego, un inclinarse en cámara lenta mientras la cabeza sufre un rebote con el piso polvoriento. Como si la cabeza fuera una semilla, busca enterrarse de golpe en el piso donde ha de germinar. Se siente el aliento de la tierra envolver, tierra árida, color de sangre, color de noche, color de blanca nieve, sabor a cobre, sabor oro, sabor de plata y dulce; descomponen la materia. La sensación deja sin aliento, se escucha el palpar de muchos corazones que guían mi ritmo propio. Se amplifican los ritmos. Luego siento que me deslizo hacia algún punto que está tan lejos. Esa fue la sensación que tuve en la caída. Así caí en la cuenta de que ya estaba “enduendado”.



Andrea Cecilia Madrigal Sánchez

Preparatoria Regional de Tala

Suelas viejas

Mi mamá me dijo que no llorara cuando les salieran agujeros a los zapatos porque sería señal de volvernó a ver. Pero me da miedo quedarme descalzo y salir a la calle así, se me puede encajar un vidrio en el dedo gordo hasta hacerme sangrar, ¿y si me desmayo? Me tendrían que llevar al hospital y no quiero, porque no hay tele y no te dejan comer dulces. Los médicos siempre dicen que te van a operar algo y si me operan tardaré en volver a casa; si mi mamá regresa no me encontrará en mi cuarto, pensará que me olvidé de ella y saldrá a buscar a un niño que me remplace.

Por eso compro muchos parchecitos para mis zapatos viejos. Quiero que esperen enteros a mi mamá, porque ella puede volver en cualquier momento, tomarme de la mano y llevarme por una nieve a la plaza.

Mi Pachis dice que mi mamá no va a volver nunca, que debería dejar de llorar y convertirme en un hombre de bien como mi abuelo. Que los hombres responsables guardan sus domingos para comprarse nuevos zapatos y tiran los viejos a la basura. Pero no quiero ser como mi abuelo, él nunca se divertía cuando comenzaba a llover en el jardín; me acuerdo que, en lugar de saltar en los charcos como yo, se enojaba tanto que parecía que los relámpagos eran parte de su cuerpo. Quizá por eso mi Pachis lo corrió de la casa. Yo pienso que se aburrió de vivir con un señor que mataba a los grillos en lugar de jugar con ellos.

Pobre de Pachis. Aunque nunca llora frente a mí, la veo más arrugada que antes; ya no pone su radio como solía hacerlo, ni les canta a sus canarios cuando les cambia el agua. Ella dice que es porque extraña

a mi mamá, pero yo sé que es porque le tiene miedo a la oscuridad como yo.

Todos necesitamos dormir con una lamparita para que los fantasmas no se acerquen a nuestros sueños. Pero mi Pachis odia las lamparitas. Siempre que consigo una nueva me la esconde. ¿Por qué no entiende que las pesadillas habitan debajo de la cama y atrás del ropero? Me dice que esas cosas no existen y que debo madurar para buscar un trabajo. ¿Pero cómo voy a pedir trabajo si no puedo dormir por las noches? Los señores madrugan a las cinco de la mañana para irse a trabajar y jamás se ven con lagañas.

Todos los días intento dormirme temprano para conseguir un trabajo y ser como mi mamá que se fue de la casa para convertirse en una persona grande, en una persona de bien, como diría mi abuelito. Por eso me tomo hasta un litro de leche tibia antes de acostarme, pongo las caricaturas y le rezo a mi angelito de la guarda. A veces pienso que está ocupado en cosas más importantes como darle de comer a los niños de la calle, cuidar a los ancianitos que viven solos o rescatar a una ballena a punto de ser capturada.

También le rezo a la virgencita que está en mi cuarto. Me gusta rezarle porque se parece a mi mamá, pues ella también me tuvo sin un hombre. Pienso que soy como Jesús, que puedo hacer milagros con solo desearlo mucho y que por eso mi mamá se fue a trabajar, para poder pagar la escuela de súper héroes. Mi Pachis dice que ese no fue un milagro, sino el fruto de la deshonra. Yo no sé qué es la honra, me suena a un personaje de las caricaturas que siempre llega a salvar a todos. Quizás por eso me lo dice a diario.

Uso mis poderes mágicos para rescatar arañas de las sandalias de Pachis o para construirles casitas a las hormigas. Hasta intenté usar mis poderes de Jesús para hacer que mi mamá volviera antes de mi cumpleaños número ocho, pero creo que aún no los desarrollo bien, ya que sigue sin volver a pesar de todas las cartas que le he mandado.

A pesar de mis poderes, hay algo a lo que tengo más miedo que a la oscuridad: las noticias. Todos los días Pachis ve las noticias como si esperara escuchar algo que su corazón le ha confirmado tiempo atrás. Cuando comienzan a nombrar a todas las personas que se fueron al

norte sin papeles y no lograron cruzar el río o que se murieron en el desierto, Pachis se para del sillón y pone su mano sobre su pecho. Yo me quedo escondido atrás del respaldo, escuchando la lista de personas desaparecidas. Cuando terminan de nombrar a todos, Pachis suspira aliviada y apaga el televisor, mientras yo sigo escondido viendo cómo las suelas de mis zapatos están por despegarse y me hace pensar que quizá pronto sabremos de mamá.



Lucia Valencia Valerio

Preparatoria 6

La enseñanza del amor

A Cecilia

Me llamo Cecilia, tengo nueve años y vivo en Bañe. No voy a la escuela porque mi papá dice que no hay dinero para eso y que además las mujeres algún día nos vamos a casar y tener hijos. Mi mamá nos lleva al templo todos los domingos.

En misa, he escuchado decir al padre que debemos ser buenos para lograr llegar al cielo y que la religión es para enseñarnos a amar. Entonces, no entiendo cómo ama mi papá; continuamente está de viaje llevando a los otros ranchos la palabra del señor Jehová, siempre acompañado con sus hermanos de religión y aquí nunca está. Aquí es el rancho, el terreno y la propiedad que le heredaron mis abuelos, y donde me siento libre, donde me encanta correr y, cuando se puede, rodar en su pradera esmeralda.

El hermano Simón, como le dicen sus hermanos de religión, es mi papá. Sale de viaje de misión y no sabemos nada de él en días, semanas y a veces en meses; pero eso sí, antes de irse mi mamá le grita que se quede, que aquí es donde se necesita para amar a la tierra, a las milpas, a la familia, pero, aunque le grite más fuerte, mi papá parece que no la oye, porque ni le contesta y entonces a ella le brotan ríos toda la noche.

Natalia, mi hermana, y yo nos turnamos para pastorear a los animales. Tenemos una vaca y dos becerros. Mi mamá es la que se va todos los días a la labor, prepara la tierra, le quita las piedras y la mala hierba, hace los surcos y siembra. Ya van dos veces que le nacen los críos entre las milpas, solo grita bien fuerte y ya sabemos que ya viene

el chamaco, que hay que correr a la casa de Doña Juana la partera para que le ayude a que le nazca otro de mis hermanos.

Hace unos días llegó mi papá de sus viajes de misión y, como siempre, mi mamá y él se pelearon a gritos y se dijeron cosas bien feas. Mi mamá tenía un dinero guardado de los quesos que vende en el pueblo los sábados, y mi papá se lo arrebató que porque, según él, lo necesitaba para convertir a los herejes en hermanos, y se fue.

El viernes, mi mamá se fue al pueblo a conseguir una cuajada para hacer unos quesos. Se llevó al bebé y le dijo a mi hermano Tomás que se fuera a regar el terreno. Nos dejaron solas a mi hermana Natalia y a mí, desgranando mazorcas para hacer el nixtamal. Como es octubre y se va la luz del día temprano, mi hermana, muy valiente, quiso prender un quinqué con petróleo y, sin querer, unas gotas le cayeron en el vestido. Sin darse cuenta, al prender el mechero se prendió ella también.

Nomás tengo nueve años, nunca había visto algo así. ¿Cómo podría saber qué hacer? Fue muy feo ver tanto fuego. Mi hermana gritaba y lo único que atiné fue aventarle los olotes, pero se prendía cada vez más. ¡Gritaba y corría!

De purito milagro, Doña María y Doña Fina, que iban pasando cerca del rancho, escucharon nuestros gritos desesperados, que mi hermana se quemaba. Entraron corriendo, la aventaron al piso, le dijeron que rodara, pero Natalia no escuchaba.

Doña Fina mojó una manta y la envolvió. Entre todas, la ayudamos a rodar en el piso y al fin se apagó. Entonces, Doña María y Doña Fina la envolvieron con unas sábanas.

Mi mamá llegaba del pueblo cuando se enteró de lo de mi hermana. De la impresión, se desmayó.

Doña Fina y Doña María se repartieron a las enfermas y pa' pronto las auxiliaron, les hicieron menjurjes y tés. Mi mamá volvió en sí y mi pobrecita hermana dejó de gritar.

Al otro día, ya recuperada mi mamá, me contó que no solo había ido al pueblo a buscar cuajada, también había ido con mis tías a pedirles ayuda para que le consiguieran un trabajo en la Ciudad.

Primero se llevó a mi hermana Natalia para poder curarle las heridas. Le dijo ese pretexto a mi hermano Tomás porque él se había

quedado como “el hombre de la casa”. Mi mamá se dio cuenta de que mi papá lo había aconsejado para que no nos dejara salir y le contara todo lo que pasaba en la casa. Ella me contó su plan, le dio de mamar al bebé y me dijo que si lloraba o le daba hambre que le diera un té, que hiciera mi itacate con tortillas recién hechas, pero que antes le diera una embarrada de salsa de chile pasilla y otra de frijol, que lo pusiera en mi morral de ixtle y también ahí echara mis mejores garritas.

Ya estaba atardeciendo cuando llegó mi prima Rosario a preguntarle algo a mi hermano Tomás y se salieron al solar. Aproveché ese momento que se entretuvieron para envolver al bebé y me lo enredé en el rebozo, me eché al hombro el morral de ixtle y no sé cómo le hice, pero me brinqué la barda de piedra. Ni me acordé que tenemos un perro bravo y que me da harto miedo, pero traer cargando en la espalda al bebé me dio mucho valor. Nomás recuerdo que salí corriendo hacia la milpa y aunque los huaraches se me enterraban entre los surcos de tierra, corría porque se hacía de noche. Aunque tenía miedo, seguía corriendo. Comenzó a hacer aire y se escuchaba que crujían las ramas. Tenía miedo de que se me apareciera un alma en pena, pero seguí corriendo. Creo que el miedo en vez de detenerme me hizo correr con más fuerzas, y no supe cómo le hice, pero cuando por fin encontré la vereda, ya me estaban esperando mis tías en el camino al Templo. Pa’ pronto me ayudaron, cargando al niño y me envolvieron con unas cobijas que me tapaban la cara, para que en el pueblo nadie me reconociera. A mi mamá le brillaron los ojos cuando nos vio llegar a la estación del tren. Nos dijo que a partir de ese momento comenzaríamos una vida nueva, y me dio la esperanza de que así sería.



Daniela Tejeda Preciado

Preparatoria 4

Sol decrepito

*«No es signo de salud el estar bien
adaptado a una sociedad enferma.»*

Jiddu Krishnamurti

¡Una cucharada de sol!, exigía su madre. Dale una cucharada de sol para que vuelva en sí. Pero su padre ya jamás despertaría. Su cuerpo había sucumbido por fin a aquella enfermedad que lo había deshecho por completo, que había acabado con sus riñones, parte de su cerebro y su corazón, que lo había dejado ciego, plagado de riachuelos pantanosos en las piernas a causa de la falta de circulación, y con lapsos irrevocables en los que su memoria se perdía entre las paredes negras de la inconsciencia. Su mujer le había administrado la dieta en la que, por supuesto, el azúcar estaba vedado.

Ella le llamaba sol al producto más mortífero de la caña. Le gustaba nombrarlo así porque le recordaba a su madre, y probablemente porque a su madre le recordaba la suya. De vez en cuando se acordaba del cañaveral y de la historia de sus antepasados, de Papúa y de los ritos melanesios. Todos esos recuerdos que ahora en México le venían viejos, desvencijados e irremediabilmente inútiles. Su lengua tan solo conservaba aquel dulzor de oriente que permeaba de vida y llenaba de energía la estancia familiar. Nauru los había sacado de Papúa luego de sucedido el conflicto en la mina de Panguna. Su padre era un militar quien, por los efectos de su enfermedad, no estaba impelido para luchar contra el Ejército Revolucionario de Bougainville.

Nauru sabía que para sus padres sería de todas formas hostil y dolorosa la emigración, pero para entonces no existía otra alternativa. Su padre no concebía ver morir a los suyos después de saber asesinado a su comandante. La diabetes le impedía moverse con facilidad desde años atrás, pero no quería seguir ahí luego de la caída de Wingti, aunque después admitiera que el conflicto no era el principal motivo de su huida. De su propia sangre brotaba una fuerza que él mismo desconocía, que, incluso, le exigía tomar partido en otro cuerpo y en otro lugar. No tenía idea de por qué morir lejos. La guerra seguiría su curso de todas maneras.

Su sangre era la raíz de esa energía. No tenía claro lo que sentía, pero la muerte que le venía atravesando las arterias le decía que había algo allá, más allá de la isla. Ya desde antes otros familiares lo habían conseguido. Ya otros vivían en Cuba, México, Brasil, sitios geográficos donde el clima era tropical y el sol un alimento en abundancia. Soñaba pues con mirar la costa desde otra orilla, saborear de pronto la amargura salina de la piel del mundo para ahora así descansar en paz.

Llegaron a la Ciudad de México, procedentes de Sidney. Un tío lejano los recibió en su casa mientras encontraban alguna pensión donde quedarse antes de avanzar a la costa. El camino había sido largo. Las piernas de Alor apenas si habían resistido el camino, así que esperaron unos días antes de continuar el viaje. Su cuerpo daba muestras de una apariencia distinta. Su tez oscura y sus ojos habían perdido el brillo y la vitalidad que conservaban todavía durante el trayecto. El río Papaloapan aún era un fantasma que corría lejano e inalcanzable.

Noches después de su llegada, el cuerpo de Alor fue víctima de incontrolables espasmos y temblores. Un sudor helado lo envolvía de pies a cabeza. Se sentía nervioso y con un miedo atroz que le calaba hasta la sien. Su visión, que ya desde antes había menguado, ahora era casi inexistente. La cabeza entonces le daba de tumbos. Pronunciaba discursos lejanísimos, de seres que se perdieron en los lindes del Pacífico, en una de todas esas islas situadas al norte y noreste de Oceanía hacía casi 3000 años. Eran voces de indígenas negros de cabello rizado: hombres y mujeres casi desnudos que se dirigían en tribu hacia la siembra, que

llevaban el cuerpo pintado con colores vivos y sobre sus caras enormes máscaras rituales.

El tiempo de la cosecha había llegado. Las cañas estaban a punto de reventar. De los tallos resquebrajados chorreaba agua ensangrentada. Las mujeres corrían con prisa a extraer el fruto del temporal. Había que arrancar las hojas con cuidado, cortar el tallo desde dentro. En algunos casos, la labor era ardua y complicada. Con frecuencia, el fruto de la caña perecía por falta de oxígeno; sin embargo, los pequeños que sobrevivían a la extracción eran seres privilegiados que transmitirían con fuerza, en su sangre, la energía de un sol letal.

Alor llevaba ese sol en sus entrañas. Era esa luz la que lo había enceguecido de a poco y esa energía desproporcionada la que lo había destruido paulatinamente. Ahora deliraba sobre su cama. Su organismo experimentaba los síntomas de un shock hipoglucémico: una mala administración de insulina, posiblemente o, sin duda, un destino infranqueable. Lo cierto era que moría y que en su mente se repetía la escena una vez más a través de los siglos. Era un cuadro por demás perturbador, un recuerdo ajeno y lejanísimo proveniente de algún rincón inextricable de su ADN. El rito se repitió claramente, durante pocos segundos, a la velocidad de un sueño. Cada mujer extraía de su tallo un bulto pequeño, parecido a un coágulo incoloro que, al mezclarse con la savia ensangrentada que brotaba del tallo al partirse, adquiriría una coloración dispar que iba del ocre a un rojo turbio. Las mujeres, quienes habían sentido aquella señal en sus vientres, acudían por su alimento.

El fruto, concebido por la caña, debía pesar más de un kilogramo, puesto que las mujeres lo extraían con ambas manos. La masa aquella, de apariencia ectoplásmica, que sus vientres reclamaban, se escurría entre sus dedos como si su composición, al sentir el contacto humano, se modificara. Ellas, preparadas para su total ingestión, se hincaban, para acto seguido sentarse sobre sus talones, con las rodillas muy juntas, e introducir en sus cuerpos al descendiente. Aquella posición representaba justamente el parto sagrado.

Trozos blandos y viscosos resbalaban por sus regazos y se despeñaban sobre sus muslos desnudos, pero ellas seguían abstraídas chupando, succionando y mordisqueando sin masticar. El sabor de

aquellos engendros era en extremo placentero. Ningún hombre, ni siquiera otras mujeres que aún no habían sido señaladas o que incluso jamás lo serían, experimentaría jamás aquella orgásmica y vertiginosa correspondencia.

El goce que experimentaban era insoportablemente seductor. Las glándulas bucales se abrían para segregar tanta saliva que chorreaba de sus labios, a través del mentón, mezclada con aquella materia flácida y amarillenta que engullían con pasión, como impelidas por un instinto maternal ineludible. Amaban su fruto, al tiempo que lo devoraban. Sus cuerpos, poseídos por aquella fuerza natural, eran guiados hasta la saciedad. Sus lenguas deglutían, a su vez, con una agilidad inusitada. Al final, mientras se relamían las manos, recogían los restos que habían caído sobre sus piernas. Nada debía quedar fuera de sí mismas. Todo entero debía de ser devuelto, envuelto por su saliva en un viaje silencioso y espiritual para después caer completamente exhaustas hacia un estado de somnolencia, producto del éxtasis y de la incommensurable labor digestiva.

A Nauru, el deber lo había llevado junto con su madre a Veracruz. Quizás el deber o la apremiante necesidad de ver el deseo de su padre cumplido, de cruzar el océano y fundirse en otras tierras con el fin de transmitir sus recuerdos; posiblemente la historia de sus orígenes. Apenas eso podía intuir él, según lo que su padre le había contado en varias ocasiones.

La cuenca del Papaloapan se abrió para Nauru y su madre. Llegaron a establecerse sin ningún inconveniente en aquel estado de cara al golfo. A las pocas semanas, empezaron a sembrar una vida en el municipio de Cosamaloapan, cerca precisamente del ingenio de San Gabriel. Les llevó semanas habituarse al modo de ser de sus habitantes y a mascullar el castellano. A pesar de eso, parecía que el lugar les era propio, que el destino los había arrastrado sin que las circunstancias opusieran resistencia.

El fuego se propagaba rápidamente. Las hojas del cañaveral ardían, desprendiendo ráfagas dulces y cenizas que brotaban iluminadas por la luz que bajaba de la Luna. Se escuchaba el crujir de las plantas mientras se generaba un manto de humo blanco que sobrevolaba la zona. La

hierba silvestre se deshacía en segundos y las cañas de azúcar quedaban desnudas, listas para ser desmontadas. Los obreros, con machete en mano, las desprenderían apenas clareara el día.

La madre de Nauru no había podido trabajar en la zafra a causa de una parálisis facial. Padecía de fuertes dolores en las piernas. Por tal razón, su hijo le había pedido, meses atrás, que permaneciera en casa, pero ella se negaba. Se negó cuantas veces pudo hasta que su propio cuerpo se lo impidió. Decía que mantenerse en el campo era la única forma de seguir con vida. A su vez tenía que estar sujeta a una dieta estricta, así que, a sus cincuenta y un años, no le quedaba otro remedio; trabajar en el cañaveral era una actividad demasiado exhaustiva para su cuerpo, pero mucho más para su corazón.

No obstante, su cerebro ya evidenciaba los primeros daños. Pocas semanas después de la parálisis, segundos bastaron para que un coágulo obstruyera el flujo de sangre en su corazón y ella dejara de latirle a la vida. Su cuerpo, consecuentemente, había resbalado de la silla, y así la vasija con tomates que había puesto sobre su regazo. Algunos tomates rodaron hasta salirse de la casa. Con el estertor vino la escena del cañaveral, gritos recién nacidos de voces sin edad y sin origen. Voces no humanas ni mucho menos animales. El aroma de las hojas y del fruto entonces le trastornó la mente. Más allá de su memoria, como traído de otras memorias, se le develaba un recuerdo. La muerte, a pesar de todo, no se olvidaba de nada.

Nauru, entre muchos otros hombres, se abría camino a machetazos por el cañaveral en llamas. Su madre era la única capaz de percibir los llantos y gemidos que se gestaban apenas el fuego rozaba la piel que cubría los seres. El olor a miel se hacía cada vez más intenso, más insoportable. Los tallos se ennegrecían y todos esos gritos tiernos se unían, formando un solo y único reclamo, una súplica que se iba sofocando al paso de los minutos. Así todos ellos morían y con ellos el sol, su parsimonia y el placer de su armonía.

Entre todas esas sombras, Nauru desapareció entre las llamas. Su madre le había gritado desesperada que no se acercara, que de todas maneras aquellas muertes seguirían asesinando; pero lo último que pudo asimilar Nauru al ser tocado por las flamas fue el dulce aroma

que desprendía su cuerpo, la consistencia que iba tomando su piel y la ausencia de dolor. Lo demás fue un miedo indomable que viajó por sus células y una angustia que penetró sus huesos. Sin otro remedio, su cuerpo fue derritiéndose hasta convertirse en un montón informe de sustancia ocre y pegajosa, misma que al día siguiente, a plena luz del sol, sería engullida por los roedores.



María Sara Cardona Muñoz

Preparatoria 8

El atraco

—Nunca lo hubiera imaginado. Sé que pasó una mala noche. Me habló a las seis de la mañana para decirme que ya tenía tiempo sin poder dormir y que se sentía inquieto. De hecho, me comentó que la noche le pareció más fría de lo acostumbrado.

—Usted le conoció amigos que se dedicaran a delinquir.

—No, oficial, él creció en el barrio “La Esperanza”, pero en cuanto trabajó, abandonó la zona y rentó en un fraccionamiento, allá por Plaza Patria. Sí conservó, sin embargo, algunas amistades del barrio, todos buenos muchachos, que yo sepa. Oí que él se echó al suelo cuando los asaltantes entraron y dieron la orden de que se tiraran y que, al reconocer a uno de ellos, se levantó confiado de que no le harían nada y le pidió que se retiraran en tono amigable... cómo voy a creer... qué ingenuo mi hijo... y mire, ahora voy a recoger su cuerpo... ¡Dios mío, por qué!

El oficial Martínez bajó su rostro, podía darse cuenta del dolor de la madre; ya no le preguntaría más, por lo menos no en esos días. Era un caso muy particular. Se inclinó, abrió el cajón de abajo y sacó las grabaciones de las entrevistas a los clientes y dos empleados que en ese momento se encontraban en el banco; solo una no había colaborado debido a una crisis de pánico, pero los otros sí. Todos coinciden en que los asaltantes eran de aproximadamente treinta años, y que se veían de buenas ropas, “gente bien”. Solo uno señaló que Lorenzo se acercó y dijo: “cabrón, qué hacen”, y que en ese momento le dispararon a quemarropa, para luego salir corriendo. Martínez miró su reloj, solo faltaban 10 minutos para que llegara el testigo que dio más datos. Volteó a la ventana, vio una suave llovizna. Los días estaban fríos. “En

estos días es cuando más muertes hay, o son homicidios, suicidios o qué sé yo”, pensó mientras le pedía a la secretaria un café.

Momentos después, a través del altavoz del teléfono, se escuchó una voz femenina que le anunciaba la llegada del señor Fernando Escoto.

—Pase, señor Escoto. Gracias por acceder a nuestra petición y colaborar con nosotros —le dijo, parándose y estrechando su mano, al mismo tiempo que le señalaba una silla—. Siéntese, por favor.

—Dígame, oficial. En lo que pueda ayudar...

—Necesitamos que nos cuente cómo fueron los hechos. Nos interesa lo que usted nos pueda señalar. Al parecer, por las entrevistas en el lugar, usted pudo escuchar con más nitidez.

—Sí, oficial, en ese instante yo estaba en la caja. Cuando entraron, nos pidieron que nos echáramos al suelo y pues eso hice. Pude escuchar, más que ver, pero sí vi cuando salieron corriendo.

—Señor Escoto, dígame qué escuchó y qué vio.

—Mire, oficial, casi enseguida de que nos pidieron que todos nos tiráramos al suelo, me di cuenta de que el gerente de la tienda se acercó. La verdad, no sé si se tiró o no, eso no lo vi. Los otros testigos dicen que sí. Aquí el punto es que cuando estábamos todos en el suelo, se acercó el gerente, que ahora sé que se llamaba Lorenzo, y le dijo a uno: “cabrón, qué hacen”, y en ese momento el que llevaba el arma le tiró a lo cortito, y vi que cayó el cuerpo. Después uno de ellos dijo: “te dije, pendejo”. Otra voz murmuró: “es burgués”, y salieron corriendo. También escuché la voz de una mujer que esperaba su turno, la que entró en pánico, que exclamó: “idiotas”.

—¿Usted piensa que esa mujer que entró en crisis tiene algo que ver en el atraco?

—Ella esperaba su turno. No la observé porque teníamos que estar mirando al suelo, pero si escuché claramente el tono de reclamo y el llanto en su voz. Todos los demás estuvimos callados y quietos.

Martínez, al escuchar esto, tomó el teléfono y le llamó a la secretaria.

—Celia, tráeme los datos de los testigos que estuvieron en el atraco de hoy en la Avenida Juárez.

—Clara Mariana Góngora. Vaya, tiene apellido de abolengo. Veamos quién es.



Iniciaba noviembre, el invierno ya se asomaba. Por lo menos esos días un frente frío con nubosidades los pintaba grises y fríos. Era jueves. Esa noche lo visitarían unos amigos que hacía rato no veía, entre ellos Mariana, la sensual Mariana. Cómo le gustaba. Después vendría el viernes y luego el fin de semana. Sus amigos se retiraron cerca de la media noche; la plática fue interesante. Todos participaban en el Frente de Liberación Nacional, vivían en la clandestinidad. Él no era miembro de esa organización, pero compartía con ellos el resentimiento social y el anhelo de una sociedad más justa. Le había sorprendido el plan S7, muy atrevido, pero original. Se trataba de acabar con los miembros de la oligarquía nacional, de uno por uno. Para ello necesitaban francotiradores y, por supuesto, armas sofisticadas. Gran parte de la conversación giró en torno al financiamiento. Lorenzo solo los escuchó. Sentía admiración por la congruencia y el espíritu de lucha de sus amigos.

Después de acompañar a Mariana a su auto, cerró todas las ventanas y buscó una cobija vieja de lana para cubrir sus pies. No pudo dormir, la noche fue larga y excepcionalmente fría. Sentía inquietud, podía escuchar las corrientes de aire frío queriendo atravesar su ventana, oía cómo se cimbraba. Apenas cerró sus ojos unos minutos y despertó. Llovía. El frío arreció. Se inclinó para jalar la cobija de lana y cubrirse todo.

A las seis se levantó. Era inútil cerrar los ojos, no dormía. Jaló el teléfono, un viejo instinto lo llevó a buscar a su madre. Solo quería contarle que no podía dormir y del frío que sentía. No quería que le resolviera, pero le hacía bien contarle.

Ese día llegó a su trabajo más temprano de lo usual. Recién le habían dado la gerencia del banco, y aprovechó para revisar los movimientos más importantes del día anterior. La mañana transcurrió sin problema alguno; no era quincena, la afluencia de gente era menor, casi vacío.

Cerca de las dos de la tarde, le sorprendió la visita de Mariana, quien solo volteó a verlo y le cerró un ojo. De momento, pensó que había ido a buscarlo, pero observó que sacaba una ficha y se sentaba a esperar su turno. Enseguida, vino lo que nunca se imaginó que pasaría durante su gerencia: entraron dos individuos armados, quienes con gritos ordenaron a todos arrojar al suelo con la cabeza mirando el piso. Él se tiró, pero de inmediato reconoció a Gonzalo; la noche anterior lo había visto. Al otro no lo conocía. De golpe comprendió todo. Se levantó confiado, se acercó y dijo

—¿Qué es esto, cabrón?

Antes de que Gonzalo contestara, el otro le disparó.

—Qué te dije, pendejo— reclamó Gonzalo.

—¡Ah, es un pinche burgués!



Leptospira

I

Garabateas con un estilógrafo algunas líneas sobre un pedazo de cartulina. Una diminuta gota de tinta magenta se escurre hasta el centro del papel, como si hubieras dibujado una columna en ruinas. Recuerdas al poster de un concierto de *Be Forest*, en el que la bruma flotaba sobre los restos de una ciudad antigua. Arrugas el improvisado dibujo para después tirarlo al piso. Cae junto a tres dibujos que ya habías desechado, las ideas parecían mantenerse ocultas. Desde el restirador, buscas más papel reciclado para seguir experimentado. Tienes a la mano el block que solo utilizas para almacenar ilustraciones imaginadas por ti y que luego se convertirán en tu arsenal de temas. Eliges continuar buscando en un estante. En el último nivel hay tres pilas formadas por libros, revistas y carpetas, ordenadas por tamaño, dan la impresión de ser bloques. De uno de ellos extraes un legajo de hojas. Al instante, como si se tratara de una pendiente desmoronándose, los materiales se van deslizando hasta el piso. El derrumbe azota también a una taza que alguien dejó en un extremo del estante. El recipiente libera restos de café, aniquilando la pulcritud de un espacio en el que cada objeto parece estar en el lugar preciso. Mientras limpias, piensas que de ahora en adelante no permitirás que nadie entre a tu estudio. Deploras la presencia de los clientes que nunca tienen una idea clara de los proyectos y en cambio generan caos en tu espacio. Piensas en la posibilidad de rentar otro lugar, sacar el estudio de tu casa.

Te lavas las manos para quitarles la sensación pegajosa. Al cerrar las llaves del lavabo, escuchas una especie de quejido agudo; vuelves a

abrir y a cerrar una llave para ver si se trata de un ruido causado por la cañería. Acercas tu oído a la coladera. Los ruidos continúan; golpeas el tubo del desagüe y se intensifica el sonido. Crees que deben ser ratas, eso te explica el excremento que habías encontrado días atrás en la alacena.

Vas de nuevo al restirador, trazas con suma rapidez, en apariencia, una serie de líneas y manchas, que al paso de los minutos esbozan la figura de una rata trepando sobre el mástil de una guitarra eléctrica. Sonríes; ya tienes la idea del cartel. Esa misma noche, recordaste que hubo un tiempo en tu infancia en que anhelabas una mascota. Cuando tus padres te prohibieron tener un perro, adoptaste a un pequeño ratón. Por aquel tiempo, te aficionaste a cualquier contenido relacionado con roedores, por eso disfrutabas de la enciclopedia de cubiertas rojas y letras doradas. Allí habías leído que las ratas tenían que roer con frecuencia para desgastar sus dientes incisivos, de lo contrario el crecimiento interno de los dientes podían llegar a perforarles el cráneo. También aprendiste que las ratas solo tenían cuatro dedos en las patas delanteras.

II

A minutos de haber llegado al lugar del concierto, una chica con la apariencia física de adolescente te conduce al segundo piso. La palabra *staff* en color blanco sobre su playera negra te sirve de lazarillo ante la escasa iluminación de la escalera. Un enorme balcón frente al escenario es el punto de llegada. Descubres entre la multitud la linterna de un celular, como si se tratara de un diminuto faro; son los amigos que te advirtieron que tendrías que ser puntual porque el lugar se iba a saturar. Te dan la bienvenida con una lata de cerveza. Suenan los primeros acordes desde un sintetizador, se ilumina el escenario: *Motorama* aparece. El sonido golpea los cuerpos convertidos en una marea sincopada, los reflectores arrojan luces en distintas tonalidades. En el transcurso de la noche recibiste halagos por el diseño del cartel. Alguien mencionó que le gustaría presentarte al encargado de un despacho de diseño que está haciendo trabajos para grupos de Canadá;

luego las conversaciones se habían bifurcado en monólogos a consecuencia de los decibeles que parecían devorar las palabras.

Minutos antes de terminar el concierto, sientes que el volumen de la música se ha ido incrementado hasta distorsionar la armonía. Comentas que debe ser una ineficiencia del ingeniero de sonido, pero nadie logra escuchar tus palabras. El estruendo te provoca incomodidad y decides que es momento de abandonar el lugar. Sales sin despedirte de nadie. Mañana recibirás varias llamadas para preguntar sobre tu subrepticia escapada; te reclamarán el no haberlos acompañado a seguir bebiendo al bar de siempre, donde ellos estuvieron hasta el amanecer. Por ahora solo sientes la necesidad de alejarte de allí. Conforme avanzas, el estruendo se hace débil para dar paso a la quietud de la madrugada y al viento fresco de noviembre.

Habías estacionado el auto a varias cuadras; el trayecto te llevó hasta la calle de las tiendas de antigüedades. Hacía muchos años que no caminabas por esa zona. Te detuviste frente los aparadores sin importar que no tuvieran iluminación. Entre la penumbra, pudiste distinguir cómodas de madera taraceada, grandes esferas de vidrio de matices metálicos, tiboires de talavera, marcos forrados en hoja de oro, tallas de madera. El gusto por los objetos antiguos se lo debías a tu abuelo, al que siempre acompañabas en su búsqueda de tesoros. Un día, mientras el abuelo platicaba con el dueño de una de esas tiendas, te escabulliste entre muebles y esculturas hasta llegar a la bodega. Allí las piezas no lucían elegantes, más bien parecían piezas destartadas que alguien había abandonado. En un extremo encontraste un escritorio que elegiste para jugar. Abriste uno a uno los cajones del mueble; al llegar al último, encontraste una especie de nido, hecho con periódico viejo triturado. Al centro, permanecían inmóviles una camada de ratones. Tomaste uno y lo colocaste en la bolsa de la chamarra. Al llegar a tu casa, improvisaste un hogar para tu nueva mascota: una caja de zapatos. El tamaño del animal te recordó a las cápsulas de aceite de bacalao que te obligaba a tomar tu madre. El roedor te inspiraba la misma simpatía que los cachorros que te prohibían adoptar. Días después, tu mascota desapareció. Con los años, supiste que tu padre lo había echado por el retrete.

III

Pasaste las fiestas de navidad y de fin de año trabajando. Ahora disfrutabas permanecer absorto en tus proyectos, alejado de las celebraciones. Por momentos piensas que la vejez comienza a los veintinueve años. En pocos días se vence el plazo para entregar las ilustraciones para una revista digital especializada en viajes. Para elegir la portada, te debates entre la imagen de un mapa viejo en tonos ocre y un collage policromático, formado por rostros de niños pertenecientes a distintas etnias del mundo. Solo interrumpes tu labor cuando experimentas cierto escozor en piernas y brazos. Dos días después comenzaste a sentir como si una gran cantidad de agujas penetraran tus pupilas. Tus ojos parecen surcados por venas milimétricas, toda tu piel esta enrojecida. Justo al estallar una cefalea, decides ir a un hospital.

Después de la valoración, el médico decide que debes ser internado. Te explica que puede tratarse del inicio de una septicemia. Sientes un intenso frío, la fiebre comienza a debilitarte. Firmas una serie de documentos relacionados con la hospitalización, entre ellos un pagaré. Solo te asignan una cama cuando confirman el número de tu tarjeta bancaria.

El último recuerdo que tienes fue el momento que entraste a la habitación del sanatorio, acompañado de un enfermero que te llevaba en una silla de ruedas, pues al intentar caminar para ingresar por tu propio pie, te habías desplomado. A partir de ese momento, caíste en una pesadilla de la que, de manera permanente, estás huyendo de un enemigo a quien nunca logras ver. Despiertas hasta el siguiente día. La fiebre disminuye por periodos. De manera nebulosa ves a alguien a quien escuchas como si estuviera muy lejos

—¿Ya se siente mejor? Estamos esperando los resultados del laboratorio, aunque todo indica que se trata de un cuadro de leptospirosis. Es una enfermedad que transmiten algunos animales a través del excremento y de la orina...

El médico enciende la luz para leer tu expediente. Sabes que habla contigo por el movimiento de sus labios, pero no logras entender lo que te dice. Supones que es de noche por la oscuridad del lugar. Cada

vez te parece más difícil respirar. Escuchas el sonido de tu respiración agitada que se mezcla con ruido de los pasos del doctor alejándose por el pasillo.

Las ideas se transponen, tu cerebro reproduce imágenes sin sentido. No tienes claro si se trata todo de un sueño. Sientes una gran desesperación, unida a la idea de abandonar este lugar. Arrancas la manguera del suero incrustada en el dorso de tu mano. De inmediato, la sangre se escurre entre los dedos. Caminas con torpeza por los pasillos de la clínica iluminados de manera tenue. Sientes frío. Tomas una bata que un empleado había dejado en la silla de la oficina de admisión. El guardia de la entrada inclina su cara por varios minutos sobre su teléfono celular. Sales del hospital. Percibes que tus piernas no avanzan con la velocidad que tú quieres. El frío se intensifica. Dejas de caminar cuando arribas al estacionamiento de un centro comercial. Después te diriges al contenedor de basura, extraes una bolsa y en segundos te confeccionas una especie de abrigo sobre la bata que aún llevas. La travesía continua como si la única encomienda fuese no parar de caminar.

Con la claridad del amanecer, descubres que has llegado al extremo de la ciudad. Lo sabes porque la zona luce despoblada. El declive de la calle te conduce hacia una hondonada. Tropiezas y vas resbalando hasta llegar al fondo de un canal de desagüe. Te incorporas, con el agua escurriendo por las improvisadas prendas. Tus rodillas quedan sumergidas. Los pasos se van haciendo lentos. Tus zapatos parecen adherirse al lodo sedimentado. Caminas, siguiendo la dirección que lleva la corriente. Penetras en un tubo de concreto, cuyo diámetro te permite avanzar sin ningún problema. Al ingresar, dejas de tener frío. Decides despojarte de la ropa y los zapatos. La marcha continúa. El sonido del cauce se incrementa. Comprendes que caminas entre fango y materia en descomposición, pero el aroma que desprenden te parece agradable, distinto al que regularmente podrían emanar esos elementos. Sientes la sed de alguien que no ha tomado agua en días; hundes tu cara en el oscuro líquido y bebes.

Después de caminar casi por una hora, descubres que el túnel por el que transitas se ramifica hacia tres direcciones. Al elegir uno de los conductos, adviertes que solo puedes continuar la travesía si te inclinas

para caminar en cuatro puntos; continúas tu marcha. En un instante, notas que todos los malestares han desaparecido. Te detienes por un momento a descansar sobre los peldaños de una escalera que se eleva hacia una zona iluminada. Al sujetarte de los barrotes oxidados, lanzas una carcajada que se va multiplicando por efecto del eco. Has descubierto que en cada una de tus manos ya solo tienes cuatro dedos.



Jorge Alberto Muñoz Santana

Preparatoria 5

¿Los elefantes pueden ser eternos?

En la sala de estar había un cuadro con un paisaje. Era una desértica sabana, con variados animales correspondientes a la región. El cuadro era admirado por todos los huéspedes del hogar, pero ninguno le prestaba especial atención, acostumbrados a su cuadrada figura y a llenar el espacio de la blanca pared. Pero una mañana, cuando nadie observaba el cuadro, de entre todos los animales, el elefante desapareció.

Pasó el tiempo y nadie se dio cuenta del espacio vacío en donde antes había existido aquel mamífero, a pesar de haber sido gris, grande y uno de los más importantes del cuadro. Pero los huéspedes, acostumbrados a ver sin mirar, no se habían dado cuenta del hecho, pues habían convertido en banal un objeto que contaba una historia.

Ese cuadro había sido pintado por un joven estudiante de arte que, viendo cómo gradualmente se quedaba sin dinero, había decidido pintar paisajes para venderlos a un precio razonable en las calles del centro. De familia humilde, el joven había llegado a la ciudad a estudiar. Su mamá había fallecido mientras él se encontraba en la universidad, y cuando fue a su pueblo natal a despedirse de ella, había tenido una gran discusión con su padre, pues no aceptaba que su hijo primogénito se convirtiera en un pintor de quinta.

El joven, a quien sería importante ponerle un nombre, pero que es imposible porque el cuadro que pintó tiene un garabato por firma, no volvió a su pueblo y lloró todas las noches la partida de su mamá. La paleta de colores que utilizó para sus cuadros de ahí en adelante consistía en tonos tristes, grisáceos, como la piel de los elefantes.

Pintó a su primer elefante tres meses después, un 8 de mayo. El sol brillaba en lo alto. El calor del centro lo había motivado a salir y,

mientras la brocha se deslizaba suavemente por el lienzo, una mujer se detuvo a observarlo. Él, nervioso, casi quiso dejar el cuadro abandonado y correr de regreso a casa, pero reparó en el collar que ella llevaba puesto. Era un elefante de oro.

—Es hermoso lo que pintas —dijo ella—. ¿En qué te inspiras?

Él miró su cuadro, era una trompa y unas orejas, el esbozo de lo que él pensaba que se convertiría en un elefante en primer plano.

—A mi mamá le gustaban mucho los elefantes —respondió.

—Eso es muy dulce, a mí también me gustan. —Alzó por la cadena su dije y el pintor volvió a su cuadro, dándole la espalda a aquella voyerista, que no se fue. Dos horas después, concluyó la pintura, y ella le pidió que la firmara, pues se la iba a comprar. Después de firmarla, intercambió la pintura. Sonriendo, la mujer se fue por la calle y él nunca volvió a encontrarla.

El animal se volvió más frecuente en sus pinturas. Elefantes por aquí, elefantes por allá, en primer plano, en manadas, realistas, caricaturescos, cubistas, expresionistas, y un día, con un condón usado, creó un elefante dadaísta. Pero la mujer no volvió a transitar nunca por esa calle.

Poco a poco, redujo el tamaño de los elefantes en sus pinturas, pero nunca dejó de pintarlos.

Claro, yo les estaba hablando del cuadro que colgaba de la pared blanca en casa de los Nuño. Ese cuadro había llegado a manos de doña Eulalia una tarde, mientras se encontraba regando el jardín. El pintor, que pasaba por la casa esa tarde, había estado en el centro, pintando un paisaje que nadie compró.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! —gritó la anciana al verlo pasar. Él se detuvo, le indicó el precio, llegaron a un acuerdo e hicieron el trueque. El pintor se fue satisfecho.

Marco Nuño colgó el cuadro por la noche, refunfuñando, pues la mayoría de las veces no estaba de acuerdo por el gusto *ostentoso* de su esposa. Pero Eulalia quedó fascinada al ver que el cuadro combinaba con los otros objetos de la sala.

La familia habló del cuadro en la primera reunión de Navidad de aquel año, buenas y malas críticas, pero no había ningún pintor

experto en la familia que pudiera decir a ciencia exacta qué era lo que criticaban; solo hablaban.

—Me parece muy seco para la sala.

—¿Por qué hay elefantes? Si exclusivamente tuviera jirafas me parecería mejor.

—Es el típico paisaje de rompecabezas.

—Me encanta, creo que hiciste la compra perfecta.

—¿Qué dice este garabato? ¿Cómo que no le preguntaste su nombre? Este pintor morirá sin ser reconocido.

Pero el integrante de los Nuño que gustaba de contemplar el cuadro por más horas era el pequeño Josué. Sentado en el sofá frente a la pintura, imaginaba que podía entrar en él, recorrer esos áridos campos, jugar con los animales, ver al león pelear con las cebras. Y cada que visitaba la casa de sus abuelos una nueva aventura invadía su mente.

Y fue raro que el día que el elefante desapareció, ni siquiera el pequeño se dio cuenta, como si nunca hubiera existido, como si todos se hubieran acostumbrado tanto a su presencia, que al mismo tiempo lo ignoraron toda la vida.

Regresemos con el pintor.

El día de hoy se encuentra sentado cerca de la catedral, pintando la que se convertirá en una de sus obras más importantes, pues es la última, aunque él no lo sabe. Este día precisamente, en el que estamos sentados junto al pintor sin que pueda vernos, es el último que el elefante estará en el cuadro en casa de los Nuño.

—¿Qué pintas? —preguntó una voz muy familiar que el pintor había escuchado solo una vez anteriormente.

—El aura del día —respondió, sin quitar la vista del lienzo verde, pero muriéndose de ganas de girarse y ver a la chica que amaba los elefantes. Pero por extrañas cosas del destino, no se giró. Y fue mejor. Sintió solamente cómo la pistola se posaba en su nuca.

La brocha se detuvo, el pintor no escuchó qué le ordenaba la voz, ¿era dinero?, ¿era su teléfono? No tuvo tiempo de reaccionar. El arma se accionó y lo último que vio antes de caer al suelo fue su pintura llenarse de gotas rojas, el toque final; su firma.

Su asesinato no fue noticia, era solamente un joven que se dedicaba a hacer pinturas en el centro para costearse sus estudios. Y en realidad nadie supo quién lo mató ni por qué. ¿Fue la mujer la que se encargó de asesinarlo? ¿O fue otra persona? ¿Fue su deseo de volverla a ver lo que lo hizo imaginar su voz?

Cuando el pintor murió, desapareció el elefante en casa de los Nuño. Pero nadie se dio cuenta.

Tengo una teoría un poco más razonable de por qué desapareció el animal. El pintor era el creador, pintaba sus elefantes porque le recordaban a su mamá y a aquella desconocida que había visto en una ocasión. El creador es un Dios. Si se destruye aquello que alguna vez tuvo el poder de crear, por ende, todo lo que ha creado desaparecerá.

¿Por qué sólo el elefante desapareció del cuadro? Porque fue lo único que pintaba con el corazón, con un motivo y con una dedicación. A la vida, a la muerte, al amor...

Nunca, nadie se dio cuenta de que el elefante no volvió a aparecer en el cuadro, y no fue un suceso importante. Nunca, nadie reclamó el cadáver del pintor. Nunca, nadie supo que existió una mujer que había inspirado al pintor en todas sus obras. Y nunca, nadie sabrá por qué de todos los animales, tuvieron que ser los elefantes.



Héctor Adrián Ramos López

Preparatoria 8

Enfermeras y servicios

Elena García se miraba en el espejo. Hipnotizada por la imagen, revisaba su reflejo y se perdía en sus pensamientos. Su cuerpo cubierto con el uniforme, impoluto e impecablemente blanco, certificaba silencioso su nueva ocupación. Había llegado muy niña a la ciudad. Su familia, dedicada al trabajo del campo, migró de provincia a la capital de Jalisco a finales de los sesenta, ante la agonía del campo en el norte del Estado.

Ella había logrado estudiar en una academia nocturna y se acababa de recibir como técnico en enfermería. Le habían ofrecido empleo en una agencia de servicios médicos privados, lo que abría la posibilidad de un sueldo decente y una promesa de que por fin la vida le sonreiría. La alegría de Elena se colaba entre sus pupilas, que seguían mirando su reflejo: por fin podría invitar a su abuelita a cenar tamales del Templo Expiatorio sin contar los centavos, cumplirle todos sus gustos. Además, se venían muchos gastos con el nacimiento de su sobrino, que sería su adoración.

Mientras estudiaba, Elena había trabajado en el Hospital Civil de Occidente, con jornadas extenuantes. En ese nosocomio, la joven practicante conoció muy de cerca la cara del sufrimiento humano en su etapa más desoladora: la enfermedad. La experiencia le hizo más sensible al dolor de sus semejantes y consciente de la condición extremadamente frágil de las personas, intrínseca de la vida.

En la agencia de enfermería, la paga era otra y no tenía que batallar con las carencias del viejo hospital. Y descubrió que, aunque los pacientes eran ricos, el dolor en el fondo era el mismo. Comprendió que, independientemente de la condición social, el sufrimiento es parejo; la enfermedad iguala a las personas, no solamente la muerte.

Con los meses, Elena se convirtió en la favorita de los clientes más exigentes de la agencia: había cuidado de un hijo del famoso luchador “El perro Aguayo”; atendió un servicio para la esposa del cónsul de Canadá en México; apoyó a una sobrina del gobernador del Estado; vigiló la cuarentena de la esposa de un millonario empresario restaurantero. Pronto, ella se convirtió en la cara de la agencia y la encargada del negocio tenía que arreglárselas para evitar disgustos entre la clientela cuando su empleada estrella se encontraba ocupada.

En el otoño de 1985, los servicios de Elena fueron solicitados para lo que parecía un trabajo habitual. Una familia muy rica llamó pidiendo la atención de la mejor profesional con la que contarán; a cambio ofrecían un pago superior al solicitado por la empresa y convertirse en clientes regulares.

Al siguiente día, un chofer joven llegó a la entrada de la agencia. Elena estuvo puntual, pulcramente vestida y con su material completo.

El Grand Marquis último modelo partió de la Calzada Independencia con destino a la colonia Providencia, sin contratiempos aparentes. Cuando circulaban por una avenida, cercana al monumento a Colón, algo inquietó al chofer. Le gritó a la enferma que se sujetara con fuerza, pues estaba seguro de que otro auto les seguía. Sin dar aviso, saltó el camellón de la avenida, retornando el rumbo de manera acelerada en sentido contrario al flujo vehicular. El fuerte impacto contra el machuelo provocó que un rifle Colt AR-15 se deslizara de la parte inferior del asiento del copiloto, quedando a los pies de la asustada enfermera.

Elena sintió un frío que le caminó por entre los brazos y se le clavó en el estómago. El pánico paralizó su garganta. La cara de espanto de la enfermera no distrajo al chofer, que bien concentrado apresuraba la marcha, buscando perder a los supuestos perseguidores. Fueron veinte minutos los que duró aquella maniobra. Durante ese tiempo, la joven fue incapaz de emitir sonido alguno.

Cuando por fin llegaron a una mansión enorme, pero de discreta fachada, el chofer preguntó a su copiloto.

—¿Se encuentra usted bien? Ahí disculpe el meneo, pero no lo pude evitar. Usted comprenderá que trabajo para un hombre impor-

tante y mi deber es evitar cualquier riesgo para él. Y el juguetito que vio usted hace rato, es para asegurar la tranquilidad del señor.

Elena tímidamente afirmó con la cabeza. Enseguida fue conducida ante la familia. La recibió el dueño de la propiedad, un hombre entrado en años, de aspecto robusto, serio y elegante.

—¡Elena, mucho gusto! Quería conocerla, soy Mateo Osuna, padre de la pacientita que cuidará. Tenía interés en verla personalmente antes de dejarle encargada al mayor tesoro que tengo en la vida.

Meses atrás, mientras paseaba en bicicleta cerca de la caldera que abastecía el agua de la alberca y del cuarto de vapor de la casa, la pequeña Ana había sufrido un accidente que le generó considerables quemaduras por todo el cuerpo.

—Ya me platicó el chofer del incidente de hace rato... Espero que no se haya asustado. Ese muchacho es a veces medio atrabancado, pero es el mejor, puede usted sentirse segura —expresó don Mateo, quien se encontraba rodeado de varios de sus colaboradores.

El susto de Elena fue sustituido por admiración, pues aquella casa estaba dotada de una belleza deslumbrante. El terreno tenía la misma extensión de un campo de fútbol; la finca era una exquisita construcción vestida de maderas finas, cantera y mármol, con un selvático jardín que hacía olvidar a sus habitantes que se encontraban en el corazón de una ciudad tan poblada y tumultuosa.

La pequeña Ana y su cuidadora rápidamente se entendieron. Fue imposible para Elena no caer de rodillas ante la ternura y espontaneidad de la niña, y el corazón amable de la sanitaria rápido se hizo de un lugar especial en los aprecio de su paciente. La niña, a sus 5 años, ya tenía amplia experiencia en los quirófanos de México y Estados Unidos. A pesar de que recibió la atención de los mejores médicos, las marcas cutáneas eran evidentes, lo que generaba en sus padres una culpa insoportable que trataban de expiar rodeando a la criatura de juguetes y detalles.

Después de los primeros días de trabajo, y ante los buenos resultados, don Mateo se comunicó con los empleadores de la enfermera, para solicitar la exclusividad de sus servicios. Claro que el agradecido padre silenció con nutridas cantidades de dinero a las objeciones

que la administradora de la agencia interponía. Nunca, después del accidente, Ana había estado tan contenta. Tomaba sus medicamentos sin llorar, accedía a comer sus verduras y se animaba a dar pequeños paseos por la finca. Por otra parte, la vida de Elena era plena; desempeñaba su trabajo de manera tranquila al lado de aquella familia. Llegó a pensar que encantada podría quedarse al lado de Ana hasta que se hiciera mayor.

Los días se convirtieron en meses y, en medio de aquel idilio, se iba acercando el cumpleaños de Ana. Después de mucho pensarlo, don Mateo decidió que era buen momento para que su hija volviera a tener contacto con otras personas, pues la criatura había recuperado buena parte su habitual alegría y seguridad. Para la fiesta, optó por rentar una granja localizada cerca del Aeropuerto de la ciudad. Le encantaba la idea de que sus invitados pudieran ver de cerca el aterrizaje de los aviones.

Una tarde, al finalizar el turno de la enfermera, recibió la invitación del mismo patrón.

—Disculpe, Elenita, seguramente ha escuchado del festejo que se está preparando para mi hija. Espero que nos acompañe. Puede usted invitar a quien guste.

Elena sonrió agradecida por la invitación y de inmediato recorrió en su mente el atuendo que usaría ese día y a quién invitaría.

Esa misma tarde, Elena se contactó con Adelina, una antigua maestra de la academia con la que mantenía una relación de amistad que había trascendido los salones de clase. La profesora comentó que iría acompañada de su nuevo novio, pues ya tenía compromiso previo para ir a pasear con él. A Elena le pareció buena idea, al fin que el patrón le dijo que podía invitar a quien ella deseara.

La lista de invitados rondaba las 200 personas. Se pensó en todo: para la comida, se contrató a una prestigiosa empresa de banquetes; los meseros de la granja tuvieron que dar varias vueltas cargando cajas de diferentes licores; para la música, don Mateo mandó traer desde Sinaloa dos bandas de tambora que gozaban de fama y prestigio.

La concurrencia fue poblando aquella granja. Elena y sus invitados entraron un poco tarde, ya que Ricardo, el novio de Adelina, se retrasó al recogerlas.

Ya avanzada la fiesta, don Mateo, su esposa y la pequeña Ana, iban muy contentos recorriendo aquel salón, agradeciendo la asistencia de sus invitados. Al llegar a la mesa donde estaba Elena, muy cordial fue el saludo y muchos los halagos que la familia prodigó a la enfermera.

Cuando los anfitriones se retiraron, Ricardo, se excusó para ir al baño. Las dos mujeres siguieron su charla, recordando anécdotas y poniendo al día a su amistad.

Al cabo de un rato, Ricardo regresó a la mesa. Se le miraba serio y algo distraído. Adelina lo notó y le preguntó la razón de su incomodidad.

—Miren, la cosa está así. Elena, tú no sabías, pero yo trabajo para la Policía Judicial y estoy totalmente seguro que el hombre que nos acaba de saludar, el papá de tu pacientita, ese que se presentó como Mateo Osuna es el mismísimo Ramiro Valenzuela, mejor conocido como “don Romo”, procedente de Sinaloa y miembro de una organización dedicada a negocios ilícitos. Es objeto de investigación de la unidad, que desde hace tiempo le sigue el paso, pero hace meses perdimos la pista de su paradero. La cosa anda caliente desde que los amigos de don Romo mataron a un agente extranjero que trabajaba encubierto en nuestro país... Esto se pondrá feo. Hace rato me comuniqué a la base y no tardarán en llegar decenas de hombres para aprehender a don Romo y algunos otros de sus invitados que ya tengo identificados. Por favor, vayan adelantándose, ¡váyanse de aquí! Yo las buscaré al rato, Adelina, lo prometo.

Las dos enfermeras se pararon y emprendieron la huida. Elena no terminaba de asimilar lo que estaba pasando. Se tuvo que quitar sus zapatillas para correr entre el campo y sus pies se hundían en el fango. Aquellas dos siluetas se alejaban de la granja, mientras en el horizonte se dibujaban las polvaredas que levantaban las patrullas de la Policía Judicial. Se escucharon detonaciones de armas y alaridos, pero nada de eso detuvo el andar apresurado de aquellas mujeres.

La noche se vistió de madrugada. Un insoportable y cercano sonido del motor de un avión en descenso volvió a acelerar el pulso de Elena, que caminaba junto con su maestra por la carretera que llevaba al pueblo de Chapala, mientras pensaba qué sería de ella, qué sería de su trabajo. Después de lo ocurrido, le sería imposible volver a cuidar a Ana.

Elena se miraba en el reflejo de los charcos, veía su elegante vestido descolocado, su maquillaje corrido. A cada paso, sentía sobre sí el peso inmenso de su vida incierta en esa ciudad, en ese país que comenzaba a estar en guerra.



Alejandro Martínez Martínez

Preparatoria 18

La misma vieja canción

Braulio miró en su teléfono celular el grupo de WhatsApp “Amigos de la prepa”. Tenía 16 mensajes no leídos, casi no los contestaba. Apenas y los vio cuando se hizo la pregunta: ¿qué pinches ganas de verse después de tanto tiempo? Es como retar a Cronos a que regrese las manecillas del reloj. Los eliminó y siguió en espera de que llegara su paciente programado para las once de la mañana. Corrieron los minutos. Intolerante revisó el expediente: hipocondriaco. Levantó los brazos gritando:

—¡Este tampoco va a venir!

Vibró nuevamente su celular. Sin tener que hacer, leyó el mensaje:

Hey, cascarrabias. Hace 25 años que nos graduamos de la prepa y nos vamos a juntar en el negocio de Marentes el viernes a las 10:00. No nos dejes en visto como siempre.

Respiró hondo. Todo ese asunto de la pandemia lo tenía presionado; sin plata, encerrado por varias semanas y con la agenda en blanco, se vio empujado a ir.

Pasaron dos días. Llegó una hora después de la cita. Tocó la cortina de una veterinaria ubicada en un barrio popular. Se abrió una puertita. Lo recibieron con aplausos.

—¡Llegó la cartita difícil, hasta que se nos hizo verte! Pásale al congal clandestino. Se supone que ningún negocio puede abrir, pero aquí tenemos tequila. Sírvanle un changuirongo, pero escriban su nombre en el vaso para no tomarnos las babas de otros. No te creas, es por salud, ¿verdad, muchachos?

—¡Saluuud!

—Aquí en la veterinaria *Marentes*, cuidamos todos los protocolos de sanidad —dijo el anfitrión y prosiguió:

—Brindemos por estar reunidos aquí, después de tantos años que terminamos la prepa. Nosotros invitamos a todos. Creí que, por ser nuestra boda de plata vendrían más. Seguimos los mismos de siempre, pero ahora sí completos; los Beatles de la esquina ruda.

Braulio, ya con dos vasos en la barriga, empezó a socializar:

—¿Qué has hecho, Ramón?

—Puras vergüenzas. Hice trámites a la facultad de Derecho, pero nunca salí en listas, y como había lugar Geografía, le calé un tiempo. Seis semestres, para ser exactos. Y ahí conocí a Mónica. Nos juntamos porque le atiné a la primera; nos embarazamos y valió madres. Busqué trabajo y, como había censo nacional, metí solicitud al INEGI y ahí estuve unos meses como eventual. Luego me contrataron de chofer. Sigo con mi sueldito y manteniendo a mi vieja y mi hijo. No me alcanza para la quincena, tengo un chingo de deudas en las tarjetas de crédito, pero ¿con qué les pago? Y ahora menos que estamos varados.

—¿Y tú, mi estimado Julián?

—Soy coyote. Me dedico a la compra y venta de autos, de todas marcas. Ahí está el *bisne*, le inviertes una corta y le sacas lo doble. El asunto es que cuando tienes feria hasta guapo te ven las morras. Me he casado y separado 2 veces, tengo seis hijos. Ahorita no los aguento, no van a la escuela y salieron a su padre, bien desmadrosos. Todo el día están haciendo vagancias. Vivo aquí en el barrio, en la casa de mis jefes, en paz descansan. ¿Pero qué onda contigo, Braulio?

—Yo estudié Psicología, siempre me interesó la personalidad de la gente. Estamos en una sociedad bien enferma, en especial de la mente. De ahí que me nació indagar sobre las patologías más aberrantes. Tengo diplomados en adicciones y violencia intrafamiliar. La neta nadie quiere ir con los loqueros, hay un estigma: que estamos más pirados que los pacientes, je, je, je. Es cierto. Vivo de milagro. Más bien, sobrevivo con algunas consultas que doy y cobro a cien varos la hora. En cuanto acabe la pandemia, buscaré incorporarme en una institución pública con unos contactos que tengo en el Ayuntamiento.

—Oye, al rato no nos vayas a terapear con tus rollos freudianos. Oigan, por cierto, ¿qué habrá sido de Lolita? Estaba rebuena. Qué piernotas tenía la compañera.

—¿Apoco no supiste, Julián? El profe Macías de matemáticas fue el ganón, como siempre.

—¡Salud por los encantos de Lolita!

—No quiero ser aguafiestas, pero si vamos a brindar por cada morrita del salón nos quedaremos sin tequila. Vamos por otros pomos y algo de botana porque la noche es larga. Súbanse a la camioneta —apremió Marentes.

Los cuatro amigos dieron el rondín noctívago, pero no encontraron vinatería abierta. Ya pasaban de las dos de la mañana y las tiendas de auto servicio no vendían alcohol.

—¿Se dieron cuenta que no había cerveza? Está bien escasa —comentó Ramón.

—Están paradas todas las industrias no esenciales; sin embargo, lo más preocupante es que nos quedamos sin pisto y ni modo de irnos cada quien a su casa. Hay que buscar una alternativa —sugirió Julián.

—¡Ya sé! —dijo Ramón, el geógrafo—. Conozco a un ruco a las afueras de la ciudad al que le hice un trabajo en su terreno. Siempre tiene alcoholito para sus pajaretes. Si ahorita vamos, en menos de una hora ya estamos otra vez en la veterinaria. ¿Cómo ven la propuesta?

—¿Como teporochos, de plano? —reviró Julián.

—Es por los viejos tiempos. Allá en la prepa pisteábamos aguas locas con un brebaje digno de Merlín. Le mezclaban de todo, hasta Diesel. Total, ya estamos encarrerados —comentó Braulio.

—Tú me dices por dónde darle, mi Ramón.

—Vete por la carretera vieja a Zapotlanejo, Marentes.

En cuanto llegaron al establo, notaron que había actividad, un hombre de avanzada edad iniciaba la jornada.

—Déjenme ir solo, no se vaya a asustar el viejo. El señor reconoció a su visita y le regaló un galón de alcohol. Lo despachó rápido para seguir ordeñando.

John, Paul, George y Ringo —como eran conocidos en la prepa— regresaron a la veterinaria.

En el camino de retorno cantaban su himno: *With a little help from my friends*.

Instalados nuevamente en su guarida, hicieron el inventario: tenían hielo y refresco para seguir bebiendo y conversando largo y tendido.

—¡Se nos olvidó la botana, maldito Alzheimer! —se lamentó Ramón.

—Oigan, no les hagan el feo a las croquetas. Al principio están duras, pero luego saben mejor que cualquier chatarra. Neta, yo ya las estuve probando hace rato —confesó Braulio.

El dueño habló desde su silla giratoria:

—Con razón oímos ruidos raros de chasquidos. Pensé que eran los perros cenando en sus rejas. Sírvanse cada uno en su vaso ¿Qué música ponemos?

—La de hace rato, pero versión Joe Cocker en Woodstock, donde los coros los hacen puros vatos con voz de mujer. Además, me recuerdan a la serie *Los años maravillosos*.

—Puro oldies, mi Marentes —cantaron a coro los demás.

Pasaron sus últimas horas recordando pasajes de su estancia en la prepa, de los amores truncos. Ninguno notó que sus caras se ponían rojas. La sangre corría a gran velocidad y sus dolores en el estómago iban incrementando. Poco a poco iban teniendo dificultad para comunicarse, perdían la coordinación de los movimientos hasta caer uno a uno sin sentido. Borrosamente, Marentes imaginó que se hundía en el Arca de Noé.

Sus cuerpos fueron encontrados, junto a un costal vacío de croquetas y un galón a la mitad de alcohol.

En el grupo de WhatsApp “Amigos de la prepa”, se publicó:

Nuestros compañeros serán cremados debido a las restricciones de la contingencia. No habrá servicio funeral. Las misas hasta nuevo aviso.





Microrrelato

Atzimba Mondragón Galindo

Preparatoria 12

La tumba

Sabes que al abrir la puerta y salir del ropero no habrá vuelta atrás. Eso es lo que te atrajo hasta aquí. El mundo al cruzar la pared del fondo es otro, quizás mejor al que has vivido. Eso te dijo cuando te metió al mueble después de haberle dicho que ya no puedes más. Sabe que te duele el cuerpo y que tiembla tu existencia. Sabe, también, que pronto comenzarás a contarlo. Has oído sobre niños que atraviesan el ropero en busca de mundos mágicos, de aventuras fantásticas en donde son fuertes y valientes. Te dijo que no tenías que seguir si no querías, que podías irte, y aceptaste bajar al sótano que es aún más oscuro y viejo que los cuartos. Por eso nadie viene a esta casa, por eso la quieren vender. Nadie se interesa en ella.

Dudas otro momento porque piensas en tu escuela, en la maestra que pega tus dibujos en la pared del salón luego de que leen una historia. Siempre tienes otra historia. Empujas las tablas del fondo buscando la puerta oculta, tanteas, revisas los bordes, has decidido que te irás. La madera es dura, firme, cerrada, y no encuentras nada más que el olor a ropa vieja. Sabes que pronto te cansarás de buscar, que volverás a sentir miedo y que, a pesar de todo, querrás estar en casa.

Lo que no aún no sabes es que tampoco podrás abrir la puerta del frente del ropero.



Monstruo

En cuanto Ariadna dejó de ver a Teseo, este tiró la madeja con desprecio. ¿Acaso no provenía de un legado de hombres? ¿Acaso no se lo recordaban a cada rato? Caminó el laberinto con rabia retadora y no vio al Minotauro que silenciosamente avanzaba detrás de él.

Gritó, retó, golpeó el piso para mostrar su fuerza. El retumbo en las entrañas de la tierra hizo eco en sus oídos.

Sentado a pocos metros, el Minotauro lo veía.

Caminó, corrió, maldijo por el laberinto.

Desde el mismo lugar, el Minotauro lo veía.

Pataleó, rompió paredes, con semblante enfurecido buscó al monstruo.

Sentado, en el mismo lugar, el Minotauro se dejaba ver.

Gruñó, enloquecido lloró; debía regresar al mundo y contar su hazaña. Buscó la salida, mas no la encontró. En círculos rondaba su ira.

El Minotauro se debatía entre matarlo o dejarse matar. Decidió arrojar la madeja a los pies del hombre.



Mario Alberto Hernández Wenceslao

Preparatoria Regional de Tala

Dulces sueños

Desde hace algunos días, mi esposa y yo decidimos que nuestro hijo de cinco años durmiera en nuestra habitación. Desde recién nacido, siempre había tenido su espacio, y podría decirse que nunca antes había sido un niño temeroso; sin embargo, comenzó con la rutina de irrumpir a media noche en nuestra recámara, argumentando que el chamuco estaba en su cuarto. Debo de admitir que me sentí culpable, ya que solía asustarlo con esas cosas de fantasmas cuando se portaba desobediente o era grosero con su madre. Por esa razón, acomodamos su colchón a un costado de nuestra cama, para que por algunos días se sintiera seguro. Durante las largas horas de la noche, mientras duerme, escucho su respiración agitada y, en medio de la oscuridad absoluta, bajo mi mano, tratando de reconfortarlo con una caricia. En ese momento, una mano que no es la suya, una mano hirviente y arrugada, me aparta bruscamente. Entonces, una voz que parece lejana me desea dulces sueños, sumiéndome en el peor de los horrores.



La continuidad de la continuidad de los parques

Unos cuantos segundos antes de que el puñal de aquel amante desquiciado se clavara en su cuello, un extraño presentimiento lo alertó del peligro que corría. Cerró con premura su libro y aquellos sigilosos pasos que creyó escuchar detrás de su sillón favorito se perdieron en

la soledad de la casa. Desde ese día, en sus tardes de ocio, una vez que el perro ha dormido y el mayordomo se ha marchado, vuelve a la relectura de aquellas páginas; le agrada la sensación que le produce sentirse cerca de la muerte y controlar su propio destino. En un futuro no lejano, cuando la vida comience a cansarle, decidirá continuar con las siguientes líneas del libro; entonces, verá por primera ocasión la marca que ha dejado la rama del árbol en el rostro del hombre y esperará con calma y sin miedo el final de la historia.



Vanessa Cabuto Enríquez

Preparatoria 12

¿El que obedece no se equivoca?

Dispuesto está el café. La clase todavía no comienza, pero el escritorio, el piso y hasta la pequeña maceta, que entra y sale a su pequeño jardín, relucen vitalidad y pulcritud. A la mano se encuentran los marcadores, lapiceras y borrador. Los pone en primera línea, por si acaso. Su rincón de trabajo conforma un cuadro perfecto para compartirse como el ideal del home office.

Frente a la cámara de su computadora, habla, diserta sobre temas caducos que cada vez le interesan menos. Del otro lado, un cuadriculado de ventanas anónimas permanece inerte. “Hay que entender las circunstancias, ser pacientes”, se repite constantemente. En otra ventana, los comunicados, la urgencia del “hoy” y del “ya” se acumulan como un montón de hojas secas que es necesario barrer.

El silencio la acompaña. La otra ventana que asoma a la calle se ha convertido también en una aburrida fotografía. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Ya no recuerda cuándo fue la última vez que tuvo contacto con el exterior. El rumor de su escuela le resulta tan lejano. Pensaría que no hay nada ni nadie alrededor suyo, pensaría que el mundo ha seguido su curso y que ella ha dejado de existir, a no ser por esa humedad que se forma en la punta de su lengua... antes de sorber el último trago de café.



Jorge Luis Cordero Plascencia

Preparatoria 17

Y sin embargo lo vive. Crónicas de un novel confinamiento

¿Cada día estoy más cerca de lo peor? Eso le preguntaba al ente que me encontraba en el espejo. Me sonreía, pero no me respondía...

Regreso a mi cuarto a recostarme sobre la cama. A estas alturas ya no me preocupa que una parte del colchón esté tomando mi forma. Desde ahí alcanzo a ver por la ventana y sigo notando la misma panorámica estática de diario; las manecillas del reloj se encuentran derrotadas y los días perdieron su nombre. El tiempo es una barrera. Solo existe luz y oscuridad.

Lo único que cada día se sigue manifestando es la ansiedad. Después de escuchar la zozobra, esta se recuesta tras de mí sobre mis hombros y me ofrece café para beber. Nos sentamos a tomar en silencio, mirando ambos el horizonte, en direcciones distintas. No pretendo que esta me domine. Mi corazón es un motor gritándome que no lo permita.

Me levanto y me dirijo de nuevo al espejo y le cuestiono al ente: “¿cada día estoy más cerca de lo peor?” Sonríe igual pero ahora sí me responde: “en realidad... cada día estamos más cerca de lo mejor. El futuro tú está observándote a través de las memorias.”

Veo brillo y claridad, siento calor en todo mi ser. La ansiedad es derrotada por la euforia; toda gira de nuevo. Ahora comprendo que el paisaje, por lo pronto, luce deshabitado gracias al esfuerzo colectivo de cada uno de nosotros: nos cuidamos y lo estamos logrando. Alegre aseguro que sí, gente, volveremos a abrazarnos.



Eclosión de luz. Crónicas de un caduco confinamiento

De inicio a fin del tiempo, ella respeta los límites. Después de escuchar la soltura, esta se recuesta tras de mí sobre mis hombros y me ofrece té de tila para beber. Nos sentamos a tomar en silencio, mirando ambos el horizonte, en direcciones distintas... y así se consuma la despedida. Las restricciones caducan y decide cruzar la ventana con dirección a la libertad para jamás dar marcha atrás.

Una vez conocidas las mieles de la independencia, cualquier sustantivo que evoque cautiverio será tan amargo como si la humanidad jamás hubiera conocido la gracia.

Ella ahora es una luciérnaga, es el faro que buscaba. Ya no habrá noches que divague porque el rumbo ya lo dispuso.

Esperaré cada luna llena para que este desenfadado ser regrese y me recuerde su existencia. Brillará cuando ella quiera y no cuando le exija desesperado su apariencia.

Amor sin causas es en lo que eclosionó; libertad admirable y alcanzable es lo que profesa. Luz cálida es su estela.

Ahora me pregunto: ¿al seguirla, pierdo mi independencia? Alcanzaría su corazón puro, pero al atesorarla ¿le dejaría inservibles sus alas? Dilemas que estoy dispuesto a descubrir y equilibrar consecuencias. Después del aislamiento, desde el mundo libre, el tiempo dejó de ser una barrera. Seremos compañeros de aventuras sin topes ni ataduras.



María Guadalupe Corona Santana

Preparatoria Regional de Unión de Tula, módulo Ejutla

Abandono

El toc, toc, toc en la vieja puerta de madera hizo que la anciana dejara el tejido y fuera lentamente a ver quién tocaba a esas horas de la tarde. Con gran esfuerzo, levantó la pesada tranca, giró el picaporte, abrió el portón y solo respiró el aire solitario. En ese momento se dio cuenta del aislamiento en el que vivía. Un tanto apesadumbrada bajó la mirada. Se disponía a cerrar cuando de pronto escuchó: ¡sorpresa! Aquella noche, en esa casa con una vieja puerta de madera, se reunió la familia en el velorio de la abuela.



Mudar de aires

La vida diaria pende de un hilo transparente, un tanto elástico, flexible; en ocasiones te lleva a tocar el cielo. De pronto, esa flexibilidad puede girar vertiginosamente y acercarte al infierno. Por eso, cuando Teo subió a la rueda de la fortuna y estuvo a punto de tocar el cielo, deseó de corazón permanecer ahí, pero la caída fue inevitable.



Fátima Osuna Montes

Preparatoria Regional de Amatitán

Sonrisa

Se levantó esa mañana. Se arregló como no se arreglaba desde hacía mucho. Incluso se colocó un bello labial rosado, a pesar de que por el cubrebocas no se podría ver. Estaba de buen humor y ese sería su pequeño secreto: sentirse así de bien. Y, tras un último vistazo a su cabello en el espejo, salió a la calle. Había aprendido a desenvolverse con mayor soltura durante ese año, a sonreírle a todos a través de la seguridad del cubrebocas. Claro, ella era la única que lo sabía, pues la negra tela de tres capas, que había adquirido apenas comenzada la propagación de aquel virus, les impedía a todos adivinar que les sonreía. Pero para ella estaba bien. De esta manera no debía preocuparse por ser rechazada o por cuidar si su sonrisa se encontraba llena de labial o restos de su última comida. Sonreír de incógnito era lo mejor y ¿por qué no? tal vez un buen simulacro para cuando el tiempo de deshacerse del cubrebocas llegara. Mas por ahora era feliz con su secreta simpatía.

A penas llegó a la tienda, sus ojos lo ubicaron de inmediato; aquel era el hombre más apuesto del pueblo. Tenía años contemplándolo a la distancia; sin embargo, era la primera vez que lo volvía a encontrar después de la cuarentena, y era justo decir que se veía de lo más bien. Permitió a sus mejillas enrojarse todo lo que quisieran. Le ofreció también la más luminosa de sus sonrisas hasta ese entonces e incluso, al contemplar su cuerpo perfecto, se dio el permiso de morderse el labio. Aunque lo creyera imposible, él la miró, y hasta pareció sonreírle también debajo del cubrebocas. Pero lo que la dejó completamente rígida en su sitio fue que se acercara a ella.

—Hola, ¿irás al baile en la plaza?

—S-sí... —tartamudeó incrédula.

—Te veo ahí —espetó el galán con una visible sonrisa en sus ojos, alejándose sin más.

No cabía en su gozo. Corrió a casa lo más rápido que le dieron las piernas. Al ingresar, como de costumbre, quiso arrojar el cubrebocas lejos de ella. Pero por más que palpó, no lo encontró en su rostro. Ahí, sobre el tocador, la había estado esperando, como diciendo con burla: “¡ay, tonta, me olvidaste!”



Ricardo Tonathiu Figueroa López

Preparatoria 12

Vampiro

Lo vi sin darle importancia. No se veía mal pero no tenía nada extraordinario, así que no hice mucho caso. Sin embargo, cuando lo miré con mayor detenimiento, sentí una conexión que me atrajo y me hizo verlo más directa y atentamente. ¡Qué sensación! ¡Qué atracción tan estimulante! Sentí cómo mi emoción crecía de a poco y mi cuerpo se relajaba rápidamente. No desprendí mi mirada ni un momento mientras lo tuve de frente, de modo que me indujo en trance y no supe cuándo ni cómo tomó posesión de mí. Solo sé que cuando lo noté ya había chupado gran parte de mi vitalidad: mi cuerpo me dolía y no podía moverlo. Mi respiración apenas se mantenía y llegué a temer que se detuviera. Era inconsciente de si mi pulso funcionaba o no... Solo mi mente trabajaba, pero no era capaz de liberarse de tal prisión, de tal encantamiento. ¿Sucumbiría? Pensé que sí. Ya era yo un cuerpo inanimado. Lo miré directamente y supe que ya todo iba a terminar. No dejaba de succionarme, pero era su fin, inminente. Sentí angustia por él y pensé en levantarme para insuflarle energía de algún lado, pero no pude porque él ya había consumido la mía. No quería que se detuviera, necesitaba mantenerme en ese trance que yo mismo buscaba, aunque terminara por consumirme. No pude hacer más por él: a mi teléfono se le acabó la batería.



Fantasma

Tú y yo cohabitamos este lugar. La diferencia es que yo estoy vivo y tú eres un fantasma silencioso, pero ¿qué haría el uno sin el otro? ¿Dónde me cobijaría yo y quién cuidaría de ti? Nos necesitamos. Cuando escucho tus derrumbes en la siguiente habitación, sé que luchas por mantenerte de pie y sobrevivir juntos. Cuando truenan los sonidos de afuera, haciendo en ti su eco, sé que tomas su voz para contarme el vacío que sientes y yo me estremezco contigo. Tu interior envejece y tu exterior se desvencija, como a mí también me pasa. Te comprendo. Soporta un poco, que vamos a restaurarnos. Guarda mientras mis memorias como me resguardas a mí, mi querida y vieja casa que se desmorona.



Olivia Márquez Gómez

Preparatoria 20

Una estadística más

Llega agosto. Días largos y tráfico denso reflejan el inicio del ciclo escolar. Me alisto para mi primer día de clases. Después de cuatro años, regreso a la nueva normalidad. Me levanto antes de que el despertador suene. La ansiedad por ver a mis compañeros me invade. Me doy una ducha rápida y elijo mi mejor atuendo para impresionar. Tomo el mismo camino, como antes de que Wuhan lo cambiara todo. Los embotellamientos siguen igual. La señora que vende desayunos en la esquina sigue en el mismo sitio.

Llego a la escuela y la dirección está donde la recordaba. El joven de la puerta saluda como siempre a todo visitante. El jardinero riega el césped tan sonriente y eficiente. En la biblioteca, los mismos libros esperan impacientes a ser tomados para préstamo. El menú de la cooperativa mantiene ese mismo aroma a comida rápida y grasas saturadas. Busco impaciente cuál será mi aula. Me dirijo hacia ella con una sonrisa que solo se puede notar por mis ojos rasgados. Subo las escaleras disfrutando cada escalón. Escucho las risas de los estudiantes que revitalizan el alma. Se oyen los balones botando en las canchas deportivas, los pájaros también entonan.

La chicharra escolar me apresura el paso. Camino por el pasillo resonando cada pisada. En la puerta, coincido con un compañero que ingresa a la misma aula y en unísono decimos “buenos días”. Todos responden el saludo y enseguida tomo asiento, junto al escritorio. La clase comienza. En el aula, se siente la buena energía; los chistes comienzan a surgir entre tema y tema, las risas se contagian y las anécdotas fluyen... salgo de clase como si nunca hubiera pasado nada. Mi felicidad es evidente. En la planta baja, ingreso a la sala de maestros,

donde las fotos de varios compañeros, incluida la mía, están colgadas de una vieja pared. No le tomo importancia y decido salir a tomarme mi café. Me siento en una banca a mirar el vaivén de siempre. Disfruto cada sorbo, observando a los jóvenes correr y reír. Todo sigue como antes del COVID-19. Todo... Solo que yo ya me he ido.



Maricela Chávez Mendoza

Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano

Y así fue

Parecía un monólogo, pero en realidad ella pensaba en voz alta...

—Como siempre, el café está frío. Vuélvelo a calentar porque así no lo quiero. Guadalupe, por una vez en la vida haz las cosas bien. No sirves para nada y aparte de vieja, olvidadiza. No entiendo por qué o para quién te arreglas tanto. ¿A quién deseas impresionar? ¿Para qué tanto perfume? ¿Adónde piensas ir? Mírate bien en el espejo, si ni bonita eres. Recuerda, nadie te va a querer como yo te quise alguna vez...

Y de pronto hubo una pausa. Lupita (como la llamaban sus amigas) se sorprendió porque no supo si pensó o dijo todo eso, pero lo que sí recuerda perfectamente, y no piensa revelar, es haber disfrutado recoger las cenizas de Eliseo (quien accidentalmente se había quedado dormido con un cigarrillo encendido en la boca) y guardarlas en aquella vieja cafetera que tantas veces había caído sobre su espalda o sus pies, cuando su contenido “no estaba lo suficientemente caliente”. Muy bañada y sentada sobre la banqueta de su casa, con toda la tranquilidad del mundo, esperó el viejo carro de la basura, para darle el último adiós a ese recipiente. Por fin, dejaría el feo vicio de tomar café.



Somos un virus

“El virus no está en el aire, vive en cada uno de nosotros”, le decía un enfermero al doctor en guardia, pero este último pensaba diferente.

Trató de persuadirlo; sin embargo, lo que había empezado como un simple comentario, fue poniéndose cada vez más candente y los argumentos iban y venían, chocando en todo momento. Cada uno defendía sus creencias sólidamente. El tono de sus voces fue tomando distintos matices, el volumen se elevaba constantemente. Era un hecho que uno de los dos no estaba dispuesto a perder esa noche. No era el tema del virus lo que los había llevado a ese punto, sino los roces constantes del estrés acumulado. El asistente, totalmente fuera de sí, esperó a que el otro se diera la vuelta para demostrarle la objetividad de sus palabras. Esta vez no ganó el mejor argumento, tampoco el hombre más inteligente. La noche y los aplausos fueron todos para el bisturí clavado en el lugar correcto.



El inquilino desvelado

“Mamá, Waldo y su familia me asustan, gritan, cantan, corren, escuchan música muy fuerte; hacen ruidos extraños y no me dejan dormir.”
“Calla, hijo, no te vayan a escuchar. Recuerda que el día es corto y si no descansamos ahorita, no tendremos fuerza para atravesar las paredes, correr, tumbar cosas y aventar puertas en la madrugada. No negarás que eres tú quien más disfruta hacerlo.”



Ramón Zúñiga Montero

Preparatoria 20

Las voces en tu cabeza

Cuando era niño escuchaba voces que no me dejaban dormir. A veces las voces lloraban y otras cantaban, y yo a veces reía con ellas y muchas otras me ponía a gritar. Y mi madre sufría, sufría tanto.

Ahora, muchos años después, sigo escuchando esas voces, y me dicen que me sienten y lo escriba.



Todo el tiempo del Universo

Iba cayendo en una suave oscuridad cuando escuchó al CEC rechinar dentro del casco.

“Control al Mayor Moss, ¿nos escucha? El cordón se rompió. Repito, el cordón se rompió.”

“¿Qué pasa, Julie? ¿Qué tan malo es?”

“Señor... está cayendo al hoyo negro. No podemos ir por usted. Lo siento.”

Le sorprendió que el Comunicador de Entrelazamiento Cuántico sirviera todavía. “Supongo que este es el final, entonces. ¿Cómo me veo? ¿Podemos confirmar que soy un espagueti?”

“Señor, todavía podemos...” Era la voz de Jon.

“Déjalo, muchacho. ¿Te das cuenta de lo que estamos por contemplar?” Sonrió solo de pensarlo.

“Mayor, los Mysha-II están listos, irán por usted.”

“¡No! Olvídalo, olvídate de eso. Es culpa mía, no pude contenerme. Al menos ahora lo sabré, ¿no es así?”

El CEC vibró pero no llegó ninguna respuesta, ninguna información.

“Es curioso,” habló el Mayor Moss. “Siempre hay un motivo humano en todo lo que hacemos, y nos hemos lanzado a descubrir otros mundos sin haber penetrado en el misterio de lo que significa estar vivo. Lo cierto es que no hay nadie aquí afuera. Es algo terrible, en realidad. Nos alistamos para venir a visitar esta roca porque creímos, o deseábamos, que un pedazo de metal nos enseñara algo acerca de nosotros que nosotros mismos ignorábamos. Es un viaje sin retorno...”

El CEC rechinó en su oído.

“Control al Mayor Moss, ¿nos escucha? El cordón se rompió...”

“¿Qué pasa, Julie? ¿Todavía estás aquí, *de nuevo*?” Se detuvo de pronto. Le molestó el temor que escuchó en su voz. Y entonces, sin saber por qué, recordó las palabras que un día su esposa le dijera: *Tenemos todo el tiempo del Universo*.

“Oh, ya veo. ¿Con que eso es?” Sonrió con tristeza. “Julie, Jon, escuchen, tienen que romper la comunicación con el CEC. Repito, ¡rompan el CEC!”

El Mayor Moss permaneció cayendo en una gran expansión sin forma.



Demasiado humana

Tenía manos con las que sentía y ojos con los que veía; un corazón con el que amaba y que muchas veces la hacía sufrir; y luego una mente con la que pensaba y una boca con la que hacía preguntas. Y ella estaba bien, era tan feliz.

Pero había algo que no podía saber, y aun sabiéndolo jamás podría aceptarlo. ¿Qué significaba para ella tener consciencia, ser consciente de sí misma, de la continuidad de su memoria? ¿A imagen de quién es-

taba hecha, ahora o antes de todo esto, qué importaba? ¿Puede, siendo lo que es, tomar una decisión por su cuenta? ¿Dónde terminaba ella y empezaba esa otra cosa? ¿Acaso es una vida que merece ser vivida?

Es inútil, la futilidad de todo. Porque ella solo es una materia cartilaginosa conectada a cables y electrodos en algún cuarto subterráneo que la hacen sentir eso, ser eso. Humana.



¿Esto es un sueño?

Soñé. Y entonces soñé que soñaba, y me vi a mí mismo soñando. Pero no era yo el del sueño. Y me dije a mí mismo: “tú eres tú, pero ¿cómo sabré quién soy yo?”



El niño que jugaba

Una vez un niño fue castigado por pasar mucho tiempo en las calles.

Su madre lo regañaba, en esas noches en las que él entraba por la puerta trasera de su casa. Llegaba con las uñas sucias y las rodillas raspadas y los mocos secos en la nariz, con los ojos brillantes y húmedos. Solo quería jugar, pero su madre lo golpeaba por ser tan desobediente. Lo metía en la tina y trataba de lavarle los bichos que le crecían en el cabello, mientras le repetía una y otra vez todo el sufrimiento que soportaba por él.

Luego de una hora de frotar dolorosamente, lo secaba y él todavía tenía bichos en la cabeza.

Un mes más tarde su madre tenía bichos en los pulmones.

Xóchitl Ramírez Hernández

Preparatoria 7

Obediencia

Bajó la mirada. Solo conocía la palabra “sí” (la única herencia de su madre y abuela), hasta que los años le otorgaron la rebeldía de una adolescencia tardía y nació un “pero”, suficiente para aprender a balbucear el “no”.

Le dijo “ven” y ella se abandonó como cordero en las fiestas de Pascua. La sangre corrió, mientras, en la calle, iniciaba la fiesta. “¿Diga?”



La patrona

Se escucha a lo lejos el sonido del tren. Corre para alcanzarlo. Agua, arroz y un birote para los viajeros, con las fuerzas que le deja ver partir a su hijo pa'l norte y no saber de él. Arroja el alimento a los migrantes todas las mañanas... A lo lejos le parece ver el rostro de Raúl, mientras el tren se aleja.



Fernando Herrera Bautista

Preparatoria Regional de Degollado

Es vocación y no ocupación

Lastimosamente, el soltero leguleyo había soñado con ocupar un lugarcito en el rincón de los jóvenes imberbes. Ironía o reto, enfrentaba una misión, en aquellos ayeres, imposible de suceder; imperdonable. Lo cierto es que, en la miseria, se especulaban los rostros de la hipocresía y la soberbia ante aquellos que desgraciadamente proyectaban su desquiciada avaricia y arrogancia por llenarse las talegas de billetes.

Lección de vida y experiencia, poca, por cierto. Enfrentó las más duras y severas críticas. Juicios sumarios, sin razón y argumento. ¡Ingenuos! Derrocharon historias inútiles, a sabiendas de la necesidad imperante: la superación terrenal.

Desquiciados y frívolos, tontos y mezquinos. Serán las consciencias las que no los dejarán descansar, por haber burlado la rectitud y pasión con la que el solterón afrontó los más bajos arrebatos de quienes fingían “aprender sin medida”.



Christian Guadalupe Martínez Rodríguez

Preparatoria Regional de Ciudad Guzmán,
módulo Zapotitlán de Vadillo

Pastorela en pandemia

El otate del Bartolo se aferra al peñasco de la barranca de Telcruz y se mece con los vientos helados que bajan del nevado. Ha crecido derecho; sus raíces son las perfectas para tumbar a los que piden la burra. Espera que llegue la bendita mano y la saque de la barranca. Esa mano la hará famosa en las fiestas de diciembre y enero del pueblo. El árbol de copal creció robusto, las aguas del temporal le trajeron el alimento perfecto para que su tallo pudiera ser esculpido por la mano experta que, con paciencia, talla y da forma a la máscara del viejo.

La gila mira con tristeza las ropas que usaría este año. Desde mayo ha ahorrado gracias a los mandados que hace siendo una niña, hasta que ha logrado juntar dinero y ha podido comprarse la tela de su vestido. Desempolva la bolsa en la que ha permanecido esperando la señal del mayordomo para iniciar con sus costuras. Sueña la gila que pronto llegue un ángel divino y destierre por completo la enfermedad que nos mantiene distantes. Se hinca frente al crucifijo, quiere dar continuidad a todo un legado que sus padres y abuelos han construido por siglos. El pastor canta en su mente las tonadas, a pesar de que en su familia le han dicho que ese no es negocio. A él no le importa, y hace ya quince años que año con año se costea sus ropas y se desvela por dos meses para los ensayos. La recompensa es la satisfacción de custodiar la imagen del Recién Nacido.

Este año no cimbrará el Bartolo la tierra con su burra. Este año la aguardentosa voz del pastor permanecerá en silencio, las gilas y el ángel no irán al frente de la cuadrilla. Los diablos andan sueltos y este año han limitado la presencia de los pastores. Este año el mal parece que ha vencido.

Pero no, no es así. Guarda, pastor, tu voz y hazla más fuerte para que el siguiente año nos haga henchir la piel con tus estrofas, para que tu voz resuene por los recónditos arroyos y cuevas de tu Zapotitlán querido. Guarda, viejo, tu baile y el siguiente año aparece con más energía. El siguiente año gritarás con la voz que permanece en tu garganta, queriendo emerger y anunciar al mundo la alegría de tu tradición. Seca, gila, tu lágrima, que la esperanza sigue viva, ya que ni las guerras, ni las sequías, ni los temblores, ni tanto mal han vencido la tradición. Guarda, pastor, tu coloquio para que próximamente inunde de calor el corazón de tus paisanos. Canta, pastor, en silencio, canta desde lo hondo de tu tradición, canta con el clamor de tu papel de guardián de la tradición. Aférrate a él y que la tradición nunca termine.



María del Carmen Padilla Arreguín

Preparatoria 8

Home Office

Me acosté a la una, pasan los minutos. Despierto, las dos. Los pensamientos no me dejan, merodean, me atormentan. Las noticias me angustian, las evito. Recuerdo buscar los noticieros como cafeína, hoy ya no. No recuerdo las noches de los últimos días, pero hoy escucho un monólogo sigiloso, silencioso e ineludible. Parece un castigo que mi sentido auditivo se abriera de más: oí un insecto, un grillo, varios, le sigue una besucona, el sonido de un mensaje del celular, ¡a estas horas! Habrá pasado algo, miro. Después, los motores de carros de arrancones a lo lejos, el ruido de unas hélices. La sirena de una ambulancia me perfora la cabeza; por fin el ruido que emite el helicóptero se desvanece. Las tres. Mi vecino vocifera, y exige el pase de entrada a su madre.

Doy más vueltas, y no logro encontrar una posición de descanso. Los pies me punzan y el dolor no me deja conciliar un poco de sueño. Pasadas las cuatro, escucho discutir a los vecinos que viven a espaldas, los gritos otra vez. Además de los aparatos electrodomésticos, mi respiración resulta musical. Algo se filtró en mi sentido anestesiado y lo abrió con un cincel afilado. Cada ruido se incrementa como en alta definición; los grillos... siguen ahí, acompañándome, atormentándome. La sirena otra vez, pésima sinfonía personalizada. Las cuatro y media. Comienzan a despertar los primeros pájaros del nuevo día en los fucus plantados hace treinta años afuera de casa. Con terrible claridad, escucho y siento cimbrar el vidrio de la puerta principal. Hoy, hasta el viento, amigo de mi sentido sensorial, decidió castigarme. Las cinco. Escucho intensamente el despertar de decenas de pájaros, parece como si se pudieran comunicar conmigo. Pronto serán las seis de la mañana y por fin pude conciliar un poco de sueño. Un minuto antes

de las ocho. Despierto. Alguien me habla del lado izquierdo. Miro su rostro demasiado conocido por todos. La sangre se me fue a los pies ¿has sentido ese miedo?



Leonardo Martín Alvarado Mercado

Preparatoria 20

Tres minutos

Mi terapeuta me dijo: “toma tres minutos al día. Deja tu mente en blanco y dura tres minutos sin hacer nada”.

Pongo el cronómetro. Me digo: “eres un campeón. ¿Qué tan duro pueden ser tres minutos?” Cierro los ojos y pongo mi mente en blanco. Respiro profundo y tomo mis tres minutos, pero tengo la necesidad patológica por saber por qué son tres minutos. ¿Es un número cabalístico? ¿Lo reparto para analizar mis tres décadas de vida o para definir qué es más importante para un treintón, si el amor, el dinero o la juventud? Me cuestiono: ¿qué mal me afecta más, si el estrés, la ansiedad o la obsesión por saber por qué son tres malditos minutos? Me frustró y ahora pienso: ¿por qué deben ser tres minutos? Dios hizo el mundo en seis días, doce son los meses del año, veinticuatro horas tiene el día. Capaz que el tres es el mínimo común múltiplo, pero ¿qué es el mínimo común múltiplo? Sonrió. Me digo: “que ñoño que te acuerdes de eso, pero creo que sí son múltiplos de tres.” No sé si el mínimo, pero de que hay tres, los hay.

¿Esto es lo que tengo que hacer con mis tres minutos? Se escucha que pasa el carretón de la basura. Me asusto y pienso: “¿sí saqué la basura?, ¿ya pagué el agua, el teléfono, la luz y el gas?” Respiro, aliviado, porque me acuerdo de que ya lo pagué todo y que por eso ya no traigo dinero. Ahora: qué voy a hacer, falta una semana para la quincena. Es muy fácil decirme: “tómame tres minutos, respira profundo y tómame tres minutos”. ¿Pues qué el señor este no cree que tengo cosas que hacer?

¡Por dios, soné a mi mamá! Ya estoy viejo, ya soy un señor al que le duele la espalda, que toma antiácidos, que tiene por meta tener

limpia la cocina, que ya no bailaré en los antros porque no se sabe una coreografía del TikTok. Lloro, me río y me pregunto cuánto tiempo ha pasado. Solo un minuto, un maldito minuto... ¿Y si me baño? Cuando me baño duro más de tres minutos. Bueno, eso depende de si cuento el tiempo antes de entrar al baño o justo cuando abro la regadera. Cuando voy al baño, también duro más de tres minutos, si hago del dos... Me río nuevamente. ¿Por qué las pláticas tienden a ir hacia lo escatológico, o solo soy yo? ¿Tendré un problema? Pues para eso voy a terapia, ¿por qué la gente le tiene miedo a la terapia? Yo no tengo miedo, solo estoy frustrado porque no se terminan estos tres minutos. Me levanto derrotado. Ultimadamente, quién va a saber si me tomé tres minutos. Suena mi alarma. Sonrío. ¡Y yo que pensé que sería difícil!



Autores

Miriam Susana Cervantes Munguía

(Guadalajara, Jalisco; 1988)

Tiene más de diez años dando clases a nivel medio superior y casi cuatro en la Universidad de Guadalajara. Es egresada de Letras Hispánicas y está interesada en la poesía mística. Vivió dos años como estudiante becada en Francia. Comprometida en expandir la educación a diversos cosmos para hacer que los estudiantes imaginen cosas que creen imposibles.

Ana Gabriela González Martínez

(Guadalajara, Jalisco; 1987)

Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Se desempeña como docente en la Preparatoria 12, en donde ha coordinado y participado en diversas actividades de promoción a la lectura para jóvenes. Es correctora de estilo y ha impartido diversos talleres relacionados con la lectura y la escritura.

Octavio Ricardo Hernández Hernández

(Guadalajara, Jalisco; 1983)

Licenciado en Letras Hispánicas, maestro en Estudios de Literatura Mexicana y doctorante del Doctorado en Humanidades, todos por la Universidad de Guadalajara. Ha sido incluido en la *Antología de Cuento Zapotlense Los confabulados*, *Antología de Cuento Zapotlense Contemporáneo*, antología poética *La cristalina superficie del silencio*, *Desde Zapotlán. Aproximaciones a la obra de Juan José Arreola* y *Ensayos sobre literatura mexicana*. Además, fue incluido en la antología *Siglemas 575*, editada en Puerto Rico y en *La antología de escritores del sur de Jalisco*. Obtuvo el primer lugar en el segundo concurso de cuento

nacional “La jirafa; cultura de cuello largo” en Zapotlán, Jalisco; y el segundo lugar en el quinto concurso de cuento estatal *Los murmullos en el llano*, en homenaje al escritor jalisciense Juan Rulfo. Finalista del concurso internacional de poesía 2020 Álvaro de Tarfe, del cual se desprende su poemario: *La memoria de lo indecible*.

Federico de Jesús Jiménez Huerta (Guadalajara, Jalisco; 1983)

Profesor de lengua y literatura, editor y tallerista. Autor de *Metamorfosis de aire*, *La ves y no la crees*. *Poesía visual a dos manos* y *Mirar en voz alta*. *Experimentos de poesía visual*; coordinador de *Taco de ojo*. *Muestra de poesía visual contemporánea de Guadalajara*. Primer lugar en los concursos *WineFest* (2012), *Adalberto Navarro Sánchez* (2015, 2016) y *Siglema 575* (2019).

José Antonio Neri Tello (Zapopan, Jalisco; 1978)

Es Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Profesor en la Preparatoria 7 de la misma casa de estudios. Ha sido tallerista y promotor cultural. Publicó los libros *Cuerpo Roto* (2004), *Playas Undergroud* (2005), *Vertebración del silencio* (2010), *Revolución Groovy* (2013), el libro cartonero *La cojodorita* (2017), *En lenguaje insecto* (2018), *Oración de la raíz* (2018), *En el hoyo funky* (2018), *Las hijas de los hombres* (2020). Se encuentra antologado en *Poesía viva de Jalisco* (2004), *20 años Creadores literarios FIL joven* (2014), *Mar de voces* (2017) y *Dolor de ausencia. Poemas en torno a la soledad* (2018). Fue compilador de las antologías *El viento y las palabras. Renovación poética en Jalisco 1980-2000*. (2014) y *Árbol de voz múltiple* (2019).

Elba Irene Vega Fregoso (Guadalajara, Jalisco; 1991)

Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y maestra en Tecnologías para el Aprendizaje por la misma casa de estudios. Sus textos han sido publicados en plataformas nacionales e internacionales. En 2016 presentó la plaquette titulada *Tanta maravi-*

llosa, exquisita maldad, con Editorial Disoluciones. Desde hace tres años y hasta ahora se ha desempeñado como docente.

Dante Alejandro Velázquez Limón

(Lagos de Moreno, Jalisco; 1973)

Arquitecto y Maestro en Educación. Cronista Colegiado de su ciudad natal y subdirector de la revista *Papalotzi*. Autor de *Púrpura* (2005), *La ciudad del rosal* (2008), *La tentación* (2009), *Última Luz* (2015) y *El veneno y el olvido: Ruperto J. Aldana* (2020). Compilador de *Un canto me demanda, memoria de poesía laguense* (2011). Coautor de *Espiral viajero* (2013) y del CD *Bosque de silencios* (2013). Fundador del Encuentro de poetas “Francisco González León”. Primer lugar del Concurso de poesía “Adalberto Navarro Sánchez” (2013) y del Concurso de cuento “Cincuentenario de Pedro Páramo” (2005). Becario del CECA Jalisco (2019).

Carmen Lilian Velasco Rodríguez

(Guadalajara, Jalisco; 1989)

Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara, actualmente se desempeña como docente en la Academia de Lengua y Literatura en la Preparatoria 18. Imparte las UA de aprendizaje de Promoción a la lectura. Ha colaborado en los talleres de lectura y creación literaria *Luvina Joven*, en un par de preparatorias, y como resultado de ello ha publicado en la antología *La Nave de los Locos*.

Víctor Villarreal Velasco

(Guadalajara, Jalisco; 1984)

Licenciado en Letras Hispánicas. Ha colaborado en diversas revistas literarias y antologías: *Porque a mí me bautizaron con un trago de tequila*, *Ojos que sí ven*, *El viento y las palabras*, *Poesía Visual Mexicana* y *Mar de voces* en sus tres publicaciones. Es becario de CECA 2016 con la antología *La ves y no la crees*, y de la Secretaría de Cultura de Jalisco en 2018 con la antología *Taco de ojo*.

Berónica Palacios Rojas
(Chapala, Jalisco; 1973)

Licenciada en Letras Hispánicas y maestra en Educación. Autora de: *Nostalgias y Herencias*, *Corazón por fuera*, *Chapala y el beso soñado*, *Memoria Incendiada*, *Roja Rutina*. Coautora del disco *Bosque de silencios*, *Remanso de mil aguas*, *Hombre mar*, *El vuelo del ángel*. Incluida en el *Diccionario de escritoras de Guadalajara* y en la *Enciclopedia Jalisciense*. Directora de la revista y Ediciones *Papalotzi* desde 2004. Becaria del CECA Jalisco, 2018.

Miriam Chávez Martínez
(Nochistlán, Zacatecas; 1972)

Docente en la Preparatoria 5 desde hace 27 años en el área de Lengua y Literatura. Coordinadora y responsable del taller sabatino extracurricular de Creación Literaria. Egresada de la Licenciatura en Letras Hispanoamericanas por la Universidad de Guadalajara. Sus publicaciones: *Antología Poética Entrelíneas* (2000) y *Antología Literaria Mar de Voces* (2017). Tercer lugar del Concurso de Poesía “Adalberto Navarro Sánchez (2015).

José Omar Razo Sumaya
(Guadalajara, Jalisco; 1979)

Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Guadalajara y en Psicología por la Universidad Tecnológica de Guadalajara. Imparte clases de Arte y Raíces Culturales en Educación Media Superior. Perteneció al taller de poesía Maples Arce en el ex convento del Carmen durante 8 años. Publicó en el 2004, en la revista CUCEA, en la Sección Cultural y en *Voces de la Preparatoria 10*.

Adrián Sánchez Monroy
(Guadalajara, Jalisco; 1994)

Filósofo y poeta. Desde joven comenzó a escribir reflexiones filosóficas a manera de aforismos que reflejan un pensamiento agudo. Estudió Filosofía en la Universidad de Guadalajara, de donde se graduó en el

2018 con la tesis titulada *Ciencia y Revolución*. Actualmente es profesor de Ética y Filosofía en la Preparatoria 5.

Graciela Lomelí Núñez

(Zapopan, Jalisco; 1988)

Historiadora, maestra en Gestión y Desarrollo Cultural y docente de historia. Escritora de poesía, microrrelato, ensayo e investigación histórica.

Fátima Zoraida Ocampo Díaz

(Guadalajara, Jalisco; 1974)

Docente en la Preparatoria 18, estudió la licenciatura de Artes Escénicas para la expresión Dancística y realizó estudios en la licenciatura en Letras Hispánicas. Disfruta de la lectura desde que era pequeña. Umberto Eco, Milan Kundera, Mario Benedetti y Juan Rulfo son sus autores favoritos. Imparte las unidades de aprendizaje de Estilo y Corrección y Crítica y Propuesta.

Mario Armando Garibay Ancira

(Guadalajara, Jalisco; 1977)

Licenciado en Letras Hispánicas, maestro en Lingüística Aplicada. Tiene una especialidad en alemán como lengua extranjera. También es músico. Ha trabajado en el Departamento de Lenguas Modernas como profesor de alemán, en el Departamento de Letras como profesor de Lingüística e Investigación Documental y actualmente imparte clases de alemán en la Preparatoria 5.

Adán Meza Álvarez

(La Huerta, Jalisco; 1980)

Originario de La Huerta, Jalisco, con 20 años de experiencia docente. Maestro en Tecnología Educativa, promotor de lectura, aficionado a la pintura, a la fotografía de paisaje, ve a la literatura como fuente de entretenimiento y creación.

Natzllely Casillas Arreola

(Guadalajara, Jalisco; 1981)

Docente y promotora de lectura en la Preparatoria 8. Licenciada en Letras Hispánicas y maestrante en Educación Media Superior. Diseña y coordina proyectos de fomento a la lectura y la escritura.

José de Jesús Cruz Flores

(Guadalajara, Jalisco; 1970)

Académico de la Preparatoria de Tonalá Norte de la Universidad de Guadalajara. Poeta, dramaturgo y narrador. Ha sido publicado en diversas antologías entre las que se destacan *Poética de la Cuarentena y Sin Fronteras 2020* (Argentina), *Frontera Norte/South Border*, *Los estilos del teatro en Jalisco*, *Dramaturgia Viva de Jalisco y Malditos* (México); algunas de estas antologías de España y Bolivia.

Andrea Cecilia Madrigal Sánchez

(Tala, Jalisco; 1993)

Egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. En la actualidad es profesora y mediadora de lectura en el Programa Nacional de Salas de Lectura de la Preparatoria Regional de Tala y tallerista infantil literaria en el Instituto Cultural de Tala.

Lucía Valencia Valerio

(Guadalajara, Jalisco; 1973)

Egresada de la licenciatura en Artes Escénicas para la Expresión Teatral. Se desempeña como docente en el SEMS de la Universidad de Guadalajara desde hace 24 años y en secundaria en la SEP desde hace 11 años. Actualmente forma parte del grupo coral Scala dirigido por el maestro Fernando Quintana. Su familia son su esposo Armando y sus dos hijas, Amanda y Ana Sofía.

Daniela Tejeda Preciado

(Guadalajara, Jalisco; 1982)

Es Licenciada en Letras Hispánicas y Maestra en Literaturas Comparadas por la Universidad de Guadalajara. Pertenece a la Academia de

Lengua y Literatura de la Preparatoria 4 desde el 2009. Es autora del volumen de cuentos titulado *Soles Rotos por las Olas* (2014) y miembro del taller literario “Luis Patiño”.

María Sara Cardona Muñoz
(Guadalajara, Jalisco; 1966)

Estudió la Licenciatura en Sociología en la Universidad de Guadalajara y la Maestría en Desarrollo humano en el ITESO. Fue alumna del taller de escritura artística de Patricia Medina.

Efraín Amador Sánchez
(Guadalajara, Jalisco; 1968)

Es Licenciado en Sociología y Maestro en Literaturas del Siglo xx por la Universidad de Guadalajara. Es autor de las publicaciones Fernando del Paso Premio FIL de Literatura 2007 y Juan García Ponce, un escritor comprometido con sus obsesiones, editorial U de G, 2001.

Jorge Alberto Muñoz Santana
(Guadalajara, Jalisco; 1994)

Es licenciado en Letras Hispánicas por parte de la Universidad de Guadalajara. Desde joven lo ha motivado el gusto por la lectura y la escritura, razón por la cual es docente de la Preparatoria 5 desde el 2019. También cuenta con un canal de YouTube donde promueve la literatura a través de video reseñas y transmisiones en vivo.

Héctor Adrián Ramos López
(Guadalajara, Jalisco; 1981)

Es docente en la Preparatoria 8, en el área de Humanidades y Filosofía. Egresado de las licenciaturas en Contaduría Pública y en Filosofía, ambas por la Universidad de Guadalajara. Participa como coordinador de círculos de estudios de filosofía y estudios históricos. Es promotor de actividades culturales en distintos barrios de Guadalajara.

Alejandro Martínez Martínez (Ciudad de México; 1972)

Docente de la Preparatoria 18 en la modalidad BGC y de la Preparatoria 4 en el sistema BGAI. Radica en Jalisco desde 1980. Ha sido invitado a presentar su obra e impartir ponencias sobre poesía humorística latinoamericana en: Valdivia y Santiago en Chile; Medellín y Bogotá en Colombia; Quito, Ecuador; Lima y Cuzco en Perú; Michoacán; Sinaloa; Ciudad de México; Durango y Colima. Es autor de los libros de poesía *No comas ángeles* (1994), *Tragacanto* (2006), *Mester de Grafito* (2007), *Los funerales del espantamusas* (2015); y de cuentos *Los evangelios de las tribus urbanas* (20016). Está incluido en diversas antologías de poesía, entre ellas: *Poesía viva de Jalisco* (2004), *Muestrario de poetas de Jalisco* (2010) *Mar de Voces* (2017 y 2018) *Diccionario de Escritores de Jalisco* (2020).

Atzimba Mondragón Galindo (Guadalajara, Jalisco; 1970)

Es Licenciada en Letras y Maestra en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara. Es Doctora en Humanidades con Línea en Teoría Literaria por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Es promotora de lectura y profesora en la Preparatoria 12 de la Universidad de Guadalajara. Desde 2004 coordina la Sala de Lectura Rius, de la misma preparatoria, donde desarrolla promoción de la lectura para jóvenes.

Mario Alberto Hernández Wenceslao (Tala, Jalisco; 1986)

Estudió la licenciatura de Letras Hispánicas y la maestría de Literaturas Comparadas en la Universidad de Guadalajara. Docente desde hace ocho años en la Preparatoria Regional de Tala. Es encargado del programa de Promoción y Fomento a la Lectura y Escritura de dicho plantel.

Vanessa Cabuto Enríquez

(Guadalajara, Jalisco; 1988)

Profesora de lengua y literatura de la Preparatoria 12. Egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas y de la Maestría en Gestión y Desarrollo Cultural. Ha participado en diversos programas y actividades que promueven la lectura y la creación literaria.

Jorge Luis Cordero Plascencia

(Guadalajara, Jalisco; 1986)

Docente de la Preparatoria 17. Licenciado en Publicidad y maestro en Mercadotecnia. Apasionado de la escritura y la promoción de esta. Fiel creyente de que compartir es mejor que competir. Con entusiasmo brinda todo su saber al alumnado de su alrededor, procurando tiempos ordenados y amor por las ideas.

María Guadalupe Corona Santana

(El Limón, Jalisco; 1962)

Profesora de asignatura desde el 2000. Licenciada en Educación. Egresada de la UdeG Virtual. Trabaja en el Módulo Ejutla de la Preparatoria Regional de Unión de Tula. Disfruta la lectura, escuchar anécdotas y escribir sobre todo lo que pasa en su entorno.

Fátima Osuna Montes

(Amatitán, Jalisco; 1989)

Maestra de la Preparatoria Regional de Amatitán desde hace cuatro años; tres de los cuales fue encargada de biblioteca y desde hace un año es promotora de lectura. Le encanta soñar despierta y crear mundos infinitos con personajes maravillosos o bastantes simples como nosotros. Tiene dos niños que son su vida entera y ama como a nadie en el mundo.

Ricardo Tonathiu Figueroa López

(Sayula, Jalisco; 1993)

Licenciado en Letras Hispánicas por la universidad de Guadalajara. Participó como tallerista Luvina en Prepa 13. Colaboró en la creación

de *Imaginación y sentido. Dinámicas de escritura creativa* de la editorial Universidad de Guadalajara y actualmente es locutor en Luvina Joven Radio. Docente en la Preparatoria 12 y corrector de estilo freelance.

Olivia Márquez Gómez
(Guadalajara, Jalisco; 1984)

Licenciada en Geografía, pasante de la Maestría en Agua y Energía por la Universidad de Guadalajara. Profesor Investigador Asociado B en la misma casa de estudios. Coautora de los libros *Acercamiento al Desarrollo Deportivo, Recreación y Aprovechamiento del Tiempo Libre y Actividad Física y Desarrollo Personal* (2017). Amante de los deportes y las plantas.

Maricela Chávez Mendoza
(Tamazula de Gordiano, Jalisco; 1970)

Es docente en la Academia de Lengua y Literatura, así como en Habilidades Cognitivas dentro de la Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano. Egresada de la Licenciatura en Educación de la UdeG Virtual. Maestra en Educación con área terminal en Metodología de la docencia. Disfruta la lectura y la promueve entre los estudiantes desde hace once años.

Ramón Zúñiga Montero
(Guadalajara, Jalisco; 1986)

Es licenciado en Historia por la Universidad de Guadalajara y en la actualidad imparte clases de historia, filosofía y literatura en la Preparatoria 20.

Xóchitl Ramírez Hernández
(Guadalajara, Jalisco; 1969)

Maestra de Lengua y Literatura en la Preparatoria 7 de la Universidad de Guadalajara. Egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas. Promotora de lectura desde hace más de 25 años y fundadora de la primera Sala de Lectura del Estado de Jalisco por el CONACULTA.

Fernando Herrera Bautista

(Degollado, Jalisco; 1991)

Apasionado lector, amante de la correcta escritura y profesor de asignatura por vocación. Actualmente es técnico académico y responsable del área de tutorías en la Preparatoria Regional de Degollado. Licenciado en Derecho por la Universidad de Guadalajara. Hijo mayor de Juana Bautista Solís y Alfonso Herrera Villagrana.

Christian Guadalupe Martínez Rodríguez

(Zapotitlán de Vadillo, Jalisco; 1986)

Nació en el sur de Jalisco, en un pueblo escondido al que a pocos les es interesante conocer. Creció entre los amigos y el campo, al que su abuelo llevaba a trabajar. Siempre ha tenido el gusto por la lectura y ahora intenta realizar algunos escritos. Estudió la carrera de Letras Hispanoamericanas en la Universidad de Colima y comenzó a ejercer la docencia, la cual es su pasión.

María del Carmen Padilla Arreguín

(Zapopan, Jalisco; 1980)

Es maestrante en Tecnologías para el Aprendizaje por la Universidad de Guadalajara. Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Fue responsable del programa FIL Joven; impartió talleres de Creación literaria en diversas preparatorias y coordinó publicaciones literarias del SEMS del 2007 al 2018. Con la Investigación de su tesis de licenciatura obtuvo el segundo Lugar Nacional CONEICC en 2008. Ha publicado en las revistas: *Ágora*, *Arenga*, *Papalotzi* entre otras. Actualmente es docente de la Preparatoria 8 y editora de Leren Books.

Leonardo Martín Alvarado Mercado

(Guadalajara, Jalisco; 1988)

Comunicólogo de formación, pero docente por elección. Es un estudiante de la vida y maestrante en educación; la típica persona que vive su vida como si fuera una película, solo para justificar que es histriónico y que necesita terapia.

Índice

Presentación	5
César Antonio Barba Delgadillo	
POESÍA	7
Miriam Susana Cervantes Munguía	9
Preparatoria de Tonalá Norte	
Caminos del místico	9
Ana Gabriela González Martínez	11
Preparatoria 12	
Secreto de familia	11
Conjugación de la maternidad	12
Octavio Ricardo Hernández Hernández	14
Preparatoria 13	
La voluntad de la lluvia	14
Interrogaciones del naufragio	14
Qué más se ama	16
Lo que arde y otros deshielos	17
Federico de Jesús Jiménez Huerta	18
Preparatoria 18	
Criba	18
Poema contra la gravedad	19
Página legal de algún libro imaginario	20
Poesía (siglema 575)	21

José Antonio Neri Tello	22
Preparatoria 7	
el hilo	22
Tello	23
Elba Irene Vega Fregoso	25
Preparatoria 8	
Método fácil y rápido para ser poeta	25
Arte poética	26
Dante Alejandro Velázquez Limón	28
Preparatoria Regional de Chapala	
El suburbio	28
El suburbio (2)	29
Carmen Lilian Velasco Rodríguez	30
Preparatoria 18	
Ausencia	30
El propietario	30
Víctor Villarreal Velasco	31
Preparatoria 11	
Silencio	31
Berónica Palacios Rojas	32
Preparatoria Regional de Chapala	
Réquiem para pies descalzos	32
Miriam Chávez Martínez	33
Preparatoria 5	
Ayuctli	33
Derramando Mares	34

José Omar Razo Sumaya	35
Preparatoria de Tonalá Norte	
Pájaro de alambre y cera	35
Ante el Sol y los elefantes	36
Adrián Sánchez Monroy	38
Preparatoria 5	
Contrataque victorioso	38
Graciela Lomelí Núñez	39
Preparatoria 5	
Bajo el signo del malestar	39
Fátima Zoraida Ocampo Díaz	41
Preparatoria 18	
Vaho	41
Perspectiva	41
Mario Armando Garibay Ancira	42
Preparatoria 5	
El bebé sapo	42
CUENTO	45
Adán Meza Álvarez	47
Preparatoria 15	
Aquel hombre	47
Natzllely Casillas Arreola	52
Preparatoria 8	
A las nueve en el Santuario	52

José de Jesús Cruz Flores	55
Preparatoria de Tonalá Norte	
Los enduendados	55
Andrea Cecilia Madrigal Sánchez	59
Preparatoria Regional de Tala	
Suelas viejas	59
Lucia Valencia Valerio	62
Preparatoria 6	
La enseñanza del amor	62
Daniela Tejeda Preciado	65
Preparatoria 4	
Sol de crédito	65
María Sara Cardona Muñoz	71
Preparatoria 8	
El atraco	71
Efraín Amador Sánchez	75
Preparatoria 7	
Leptospira	75
Jorge Alberto Muñoz Santana	81
Preparatoria 5	
¿Los elefantes pueden ser eternos?	81
Héctor Adrián Ramos López	85
Preparatoria 8	
Enfermeras y servicios	85
Alejandro Martínez Martínez	91
Preparatoria 18	
La misma vieja canción	91

MICRORRELATO	95
Atzimba Mondragón Galindo	97
Preparatoria 12	
La tumba	97
Monstruo	98
Mario Alberto Hernández Wenceslao	99
Preparatoria Regional de Tala	
Dulces sueños	99
La continuidad de la continuidad de los parques	99
Vanessa Cabuto Enríquez	101
Preparatoria 12	
¿El que obedece no se equivoca?	101
Jorge Luis Cordero Plascencia	102
Preparatoria 17	
Y sin embargo lo vive. Crónicas de un novel confinamiento	102
Eclósión de luz. Crónicas de un caduco confinamiento	103
María Guadalupe Corona Santana	104
Preparatoria Regional de Unión de Tula, módulo Ejutla	
Abandono	104
Mudar de aires	104
Fátima Osuna Montes	105
Preparatoria Regional de Amatlán	
Sonrisa	105
Ricardo Tonathiu Figueroa López	107
Preparatoria 12	
Vampiro	107
Fantasma	108

Olivia Márquez Gómez	109
Preparatoria 20	
Una estadística más	109
Maricela Chávez Mendoza	111
Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano	
Y así fue	111
Somos un virus	111
El inquilino desvelado	112
Ramón Zúñiga Montero	113
Preparatoria 20	
Las voces en tu cabeza	113
Todo el tiempo del Universo	113
Demasiado humana	114
¿Esto es un sueño?	115
El niño que jugaba	115
Xóchitl Ramírez Hernández	116
Preparatoria 7	
Obediencia	116
La patrona	116
Fernando Herrera Bautista	117
Preparatoria Regional de Degollado	
Es vocación y no ocupación	117
Christian Guadalupe Martínez Rodríguez	118
Preparatoria Regional de Ciudad Guzmán, módulo Zapotitlán de Vadillo	
Pastorela en pandemia	118

María del Carmen Padilla Arreguín	120
Preparatoria 8	
<i>Home Office</i>	120
Leonardo Martín Alvarado Mercado	122
Preparatoria 20	
Tres minutos	122
Autores	124

Mar de voces.
Antología literaria de docentes del SEMS 2021

Coordinación Editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial
Prometeo Editores

Diagramación y portada
Iordan Montes, María del Carmen Murillo

Editado en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara
44657 Zapopan, Jalisco

